

*Lola Cooper*



*Amor  
en  
invierno*

SERIE LAS CUATRO ESTACIONES #2

# Contenido

[Título](#)

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)

[Otras novelas de Lola Cooper](#)

[Sobre Lola Cooper](#)

# Amor en invierno

Lola Cooper

Título original: Amor en invierno

© 2020 Lola Cooper.

© Cubierta: Collage realizado con imagen de Bigstockphoto

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la autorización previa y por escrito de la titular del copyright.

Esto es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos que aparecen son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

## CAPÍTULO 1

Gadea atravesó las puertas del salón con paso decidido y de un vistazo, comprobó que era de las últimas en llegar a la fiesta navideña que daba Uxón, uno de sus clientes, y a la que había invitado a todos sus proveedores, incluida Reason Consulting, la compañía en la que ella trabajaba. A un lado del salón descubrió a parte de la plantilla de su mayor competencia, AMCY Consultores, y un poco más allá, a un grupito de la prestigiosa Affiniture.

Uno de los hombres se dio la vuelta en ese instante y se quedó mirándola. Gadea reconoció a Rodrigo Miralles, alto, castaño claro, atlético, elegante y, por desgracia, el hombre más atractivo de AMCY Consultores. Ambos salvaron la situación con un ligero gesto de reconocimiento. Después, se dirigió al otro extremo del salón. Necesitaba tomar algo antes de que empezara la comedia. Por delante tenía varias horas de sonrisas fingidas y conversaciones banales con gente con la que no le apetecía nada estar. Normalmente, llevaba bien esas cosas, pero aquella noche no estaba de humor. La comida en casa de sus padres la había dejado agotada mentalmente.

Encontró a sus dos compañeros de equipo acodados en la barra.

—¿Qué tomáis?

María y Jaime, que habían aterrizado en la empresa hacía menos de tres meses, levantaron sus copas de balón llenas de hielo y de las que sobresalían unas ramitas de hierbabuena.

—¿Mojitos, eh? Empezáis fuerte la noche.

—Para una vez que nos invitan... —comentó Jaime.

—Además, hoy nos podemos relajar —añadió María.

Gadea pidió un vino tinto al camarero antes de responder.

—Bueno, eso no es del todo así. ¿De verdad crees que puedes disfrutar de una noche loca? El que invita es un cliente y toda la competencia estará examinando con una lupa cada paso que damos.

—¿Tú crees?

Gadea bebió de su copa.

—Tenlo por seguro.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es exactamente lo que yo pienso hacer con ellos.

Jaime se rio.

—¡Y María que había venido aquí a liarse con el guaperas de AM!

—¿Con Rodrigo Miralles?! —Gadea estaba a punto de soltar un exabrupto cuando descubrió que José Luis, su jefe, acababa de verles y se acercaba muy sonriente. —Se acabó el descanso. Ahora toca poner buena cara durante toda la noche y hacer relaciones públicas —les

advirtió.

María, Jaime, Pedro, Susana... y el resto de los compañeros de la empresa pudieron relajarse un rato a pesar de lo que les había vaticinado. Tuvieron más suerte que ella. Gadea se pasó media noche de grupo en grupo, acompañando a José Luis, quien aprovechó para comentar con los jefes de Uxón el proyecto que tenían entre manos, y para alardear ante el resto de la competencia de la estupenda facturación de ese año y de las fantásticas perspectivas del año entrante. Apenas pudo comer —los tres o cuatro canapés cogidos al vuelo no contaban— y mucho menos beber —quedaba fatal con el jefe al lado—, así que a eso de las once de la noche tenía hambre, sed y un dolor insoportable en los pies por culpa de los malditos tacones y en la cara, de tanto sonreír.

—Paciencia, querido José Luis, la paciencia es la base del golf. Si quieres empezar bien el juego tienes que...

Aprovechó que el vicepresidente de Uxón explicaba a José Luis que la estrategia de un buen golpe Bump and Run consistía en medir bien el viento y en no anticiparse, para escabullirse.

—Perdonadme un momento, pero acabo de ver a una persona a la que quiero saludar.

Su jefe apenas despegó los ojos de su cliente, aunque le concedió la tregua con un gesto.

Gadea se separó de ellos con suavidad y, en cuanto sorteó un par de grupos, aceleró el paso camino de la barra.

—Un ron con coca-cola, por favor —pidió a todo correr.

—Un momento, señorita —se disculpó el camarero—. Estoy atendiendo a aquellas clientas —señaló a un par de chicas al otro lado del bar.

—Lo mío es muy urgente —le apremió, sin sentir remordimiento alguno por colarse.

Pero el camarero se limitó a hacerle un gesto de tranquilidad, sirvió un par de cervezas y se alejó de ella.

—Mierda —masculló.

—¿Tanta prisa tienes? No creo que te vayas a ir de aquí hasta dentro de un buen rato.

Conocía al hombre que se dirigía a ella, pero tuvo que esforzarse para ubicarlo.

—¿Te conozco de Affiniture, verdad? —recordó al fin.

—Touché. Íñigo Zabaleta. Y tú, Gadea Figueroa si no me equivoco.

Le tendió la mano y ella se la apretó.

—Bingo.

Íñigo puso su copa delante de ella.

—Toma mi cubata. Está recién puesto, ni lo he tocado.

Gadea se demoró unos segundos en aceptarlo. Lo cierto es que era un poco —bastante— escrupulosa, pero tenía tanta sed que no pudo resistirse. Cogió el vaso y le dio un buen trago.

—Muchísimas gracias. Estoy muerta. No he podido tomar nada en toda la noche, estaba a punto de irme al cuarto de baño a calmar la sed.

Íñigo soltó una carcajada.

—No te imagino bebiendo a morro del grifo de un lavabo. Sería digno de grabarlo y subirlo a Instagram —bromeó.

Gadea apoyó la espalda en la barra sin soltar el cubata. Desde ese punto se controlaba todo el salón.

—Un buen lugar para espiar a la competencia. ¿Es eso lo que estabas haciendo? —inquirió ella.

—Podría ser.

Enfrente de ellos, unos pasos más allá, había un grupillo nada desdeñable. Rodrigo

Miralles le reía las gracias a otros dos hombres y a una mujer. Eran el jefe de aplicaciones industriales de Uxón, el de negocios exteriores y la de recursos financieros.

—¿Y a quién mirabas, si no es indiscreción? —preguntó Gadea, antes de darle otro trago a la bebida.

—Aprendía de un crack.

A punto estuvo de atragantarse.

—¿Te refieres a Miralles? Buf. Un pan sin sal, eso es lo que es —mintió.

—¿Pero qué dices? Si es el mejor.

—¡Ja! Cómo se nota que no lo has visto trabajar. Es un encantador de serpientes, eso no te lo niego. Con su perenne sonrisa, diciendo a todo el mundo lo que quiere oír. Se limita a comerle la oreja a los jefes, pero te aseguro que no tiene nada en el cerebro. —Dio otro trago largo, esperó a que sus palabras calaran bien en su interlocutor y continuó—: He visto algunos de los proyectos presentados a varios clientes y no tienen nada de especial. Primero hace una presentación bonita, luego una introducción enormemente larga, después otro poco de jabón al cliente, sigue más tarde con más teoría general, un poco de bla, bla, bla, y se acabó. Conclusión: dos hojas de texto con poco valor. Pura fachada, te lo digo yo que conozco sus métodos. ¿De qué te ríes? ¿No me crees?

—¿No será que estás un poco celosa de sus logros?

Gadea se volvió hacia él furiosa.

—¿Pero qué dices?

Por suerte para el tal Íñigo, María apareció de repente a su lado con expresión apremiante.

—¡Gadea, Gadea! ¡José Luis te está buscando!

Se bebió el resto del cubata de un trago y le devolvió la copa a Íñigo.

—Muchas gracias por la invitación. Nos vemos por ahí —se despidió y se alejó de él subida en sus tacones con toda la dignidad que le permitió la mezcla del cubata con el vino que se bebió al llegar.

Al pasar junto a Rodrigo Miralles tropezó ligeramente. Su mano golpeó la de él, pero ni se molestó en disculparse.

«¿Celos yo? Idiota».

≡ ≡ ≡

—No quiero salir. No, no quiero. Me voy a quedar aquí hasta mañana. Estoy harta de esta gente. Quiero ver a mis amigas. ¡Alex, Anuska, Claudia! —La imagen de María agachada enfrente de ella se le distorsionó un poco—. Ah, no, a Claudia no la llames que vive en medio del monte.

—Venga, Gadea —oyó que le rogaba su compañera—. ¿Por qué no te tomas ese café negro que te he conseguido? No puedes salir medio borracha para que todo el mundo te vea y tampoco puedes quedarte toda la noche sentada en suelo del cuarto de baño.

—¿Por qué no? Si es lo que quiero hacer —lloriqueó.

—¡Porque no! Porque tú eres la experta en Implantaciones, porque el jefe estará buscándote, porque tienes que atender a los clientes... ¡porque no puedes hacer el ridículo de esa manera delante de toda esa gente! Tómate este café, anda, y no me lo pongas más difícil.

En ese momento, Jaime abrió la puerta del servicio de mujeres y se coló dentro.

—¿Cómo va la cosa?

—Fatal. Ya no sé qué hacer.

La puerta se abrió de nuevo y en el cuarto de baño entró un hombre. Se quedó desconcertado al ver a María.

—Perdón, ¿es el baño de chicas? Te he visto entrar —le dijo a Jaime—, y he pensado... La frase se le quedó congelada al descubrir a Gadea en el suelo. Esta intentó levantarse. Lo consiguió a duras penas con ayuda de María.

—Es el... servicio... de chicas —le costó decir.

—Será mejor que me vaya —dijo y se dio la vuelta para salir.

—Sabes una cosa... Ro... Miralles.

Él se volvió despacio.

—Tengo una cosa que decirte.

—Gadea, por favor, tómate el café —le rogó María mientras le acercaba a la boca el líquido frío ya.

—No pienso escuchar nada si no te tomas ese café.

Gadea le arrebató la taza y se lo bebió de un trago.

—Hoy me han dicho... que tengo celos de ti.

—¿Y es cierto?

—¡No! No es cierto... en absoluto. En realidad, no es... nada cierto. Yo no tengo... celos.

Lo que pasa es que... no te trago.

Rodrigo metió las manos en los bolsillos del pantalón, se miró la punta de los zapatos y disimuló una sonrisa.

—¿Y se puede saber por qué?

—Será mejor que nos vayamos —sugirió Jaime a su compañera cuando vio que la conversación se hacía más personal.

—Pero... ¿y Gadea? —musitó María.

Rodrigo la tranquilizó con un gesto.

—No pasa nada. Yo me quedo con ella.

—Me quedaré cerca de la puerta —accedió ella.

Rodrigo esperó a que la puerta se cerrara detrás de los compañeros de Gadea y se volvió. Ella se sostenía en pie con las manos apoyadas en uno de los lavabos y se miraba al espejo con interés.

—Se han ido —dijo Gadea.

—No me tragas —retomó Rodrigo la conversación.

—No.

—¿Y me ibas a decir por qué?

—Sí —respondió sin añadir nada más.

—¿Por qué?

—Porque... te crees el mejor —le señaló con un dedo.

—¿Y no lo soy?

—No.

—Entiendo, tú eres mejor que yo.

—Muchisísimo me...jor. Yo soy la me...jor. Siempre gano.

—Me alegro. Pero a mí también me gusta ganar siempre.

—¿Al parchís?

—¿Cómo?

Sonrió ahora abiertamente. Las divagaciones de Gadea le parecían lo más divertido que había escuchado últimamente. Y que procedieran de la «tigresa de Reason», como la llamaba todo el mundo en AMCY Consultores, hacía de aquel momento todavía más interesante.

—Yo juego al parchís con mis her...manos. No pueden levantarse... de la mesa hasta que



no les he ganado. ¿Tú juegas al parchís?

—Hace años que no. Aunque cuando lo hacía siempre dejaba que ganara mi hermana.

—¡Buf! Eres un perdedor. ¿Ves?... Ya lo decía yo.

La risa de él se detuvo cuando ella pareció convulsionar. La vio taparse la boca y entrar a toda prisa en una de las cabinas.

El sonido no dejaba duda de que Gadea Figueroa acababa de decir adiós a lo poco o mucho que hubiera comido.

—¿Estás bien? —preguntó con suavidad.

—¡Lárgate, lárgate de aquí! —voceó ella desde dentro.

Rodrigo decidió que ya era hora de regresar a la fiesta y mientras abría la puerta del servicio, pensó que la mujer que dejaba dentro era una tigresa en toda regla.

≡ ≡ ≡

—¿De verdad que ya estás bien? —le preguntó María por octava vez en los últimos cinco minutos.

Gadea acabó de lavarse los dientes y comenzó a cepillarse la melena antes de contestar.

—Completamente. ¿El jefe ha preguntado por mí?

—Millones de veces. Le he dicho que te ha sentado mal algo que has comido, pero que ahora volvías.

Gadea se perfumó e inspeccionó su aspecto. Por suerte, la camisa de seda blanca estaba impoluta, tampoco la lazada del cuello se había manchado. Como María había tenido la precaución de quitarle la chaqueta cuando la llevó al servicio, tampoco esta se había estropeado. Dio el visto bueno a su imagen en el espejo antes de responder:

—Ya estoy lista. Vamos —dijo, sin embargo, detuvo a María antes de salir—. Espero... espero que nadie se entere de esto. Ha sido un cubata que me ha sentado mal y...

Su compañera le sonrió.

—En realidad han sido tres.

—¡¿Tres?!

¿Cuándo se había tomado tres copas? Solo recordaba la primera.

—No te preocupes. Le puede pasar a cualquiera. Le diré a Jaime que sea discreto también.

—Sí, por favor. Muchas gracias.

Regresaron al salón. Algunos de los trabajadores debían de haberse marchado ya. A Gadea le pareció que había menos gente que al principio. Su jefe la localizó al instante y le hizo señas para que se acercara. Ella echó los hombros atrás, sacó pecho y se integró con decisión en el grupo donde José Luis charlaba con el gerente de AMCY Consultores y con Rose Hockers, la responsable de finanzas de la empresa anfitriona.

Su jefe la integró en la conversación al instante.

—Le he prometido a Rose que mañana sin falta tendrá la corrección a la valoración económica del proyecto. Lo necesita para las once de la mañana.

Gadea sonrió a pesar de saber que era imposible revisar todos los costos en menos de doce horas y que José Luis solo estaba presumiendo de eficacia delante de la competencia.

—Hablaré con mi gente e intentaremos llegar a tiempo.

Anotó mentalmente llamar a primera hora a Uxón para ofrecerles que si le dejaban veinticuatro horas más podrían entregarles no solo un informe completo de la valoración del proyecto, sino también los gráficos con la comparativa de los cambios.

—Bien, bien, muy bien —tarareó José Luis.

Gadea sabía que cuando su jefe mascullaba esa coletilla era porque ya no tenía más conversación, así que no le quedó más remedio que intervenir para salvar la situación. Pero recuperarse de una borrachera en menos de media hora no era tarea fácil y decidió que con la cabeza embotada como la tenía sería mejor desviar la conversación a temas más ligeros. En ese momento, otro hombre se unió al grupo. Se movió a un lado para hacerle hueco sin mirarlo siquiera.

—La fiesta ha estado genial, ¿verdad? Es una oportunidad única.

—Perfecta, la oportunidad perfecta para relacionarnos unos con otros.

Aquella voz...

—Perfecta, perfecta —asintió José Luis.

—Aunque a veces, puede ser también una mala idea reunir a sujetos de dos bandos contrapuestos. ¿No le parece, señorita Figueroa?

—Sí, claro. No, no, claro que no —se corrigió ella intentando evitar decir algo impropio.

—No deje que le confunda nuestro mejor hombre —comentó el gerente de AMCY—. En realidad es un bromista. Ya se conocían, ¿no?

—Sí —dijo él.

—¡No! —exclamó ella.

El resto de interlocutores los miraron extrañados.

—La señorita tiene razón. No nos conocemos.

Él extendió una mano, que ella sacudió con una sonrisa falsa en la boca.

—Encantada —comentó como de pasada, pero él tiró de ella suavemente y acercó sus labios a su mejilla.

—Me tiene a su disposición, para lo que quiera. Soy especialista en ayudar a mujeres que pasan por un mal momento —le susurró en voz baja.

—Y yo en alejarme de los idiotas.

Los que los rodeaban solo vieron a un hombre y una mujer, muy atractivos y sonrientes, que se saludaban con un par de inocentes besos en las mejillas.

## CAPÍTULO 2

La recepcionista los hizo pasar a una espaciosa sala con grandes ventanales y lujosos muebles de diseño de madera y acero. Gadea agarró con más fuerza la carpeta en la que llevaba la documentación en la que, tanto ella como su equipo, habían trabajado hasta altas horas de la madrugada en la última semana.

Por suerte, después de verla en acción, Jaime y María ya no la miraban con esa mezcla de lástima y disgusto con la que la habían recibido en la oficina al día siguiente de la penosa escena en la fiesta de Uxón.

Cada vez que pensaba en la imagen tan deplorable que había dado —precisamente ella que se jactaba de ser, ante todo, una gran profesional—, le daban escalofríos.

Claro que la culpa no había sido solo suya, se recordó con el ceño fruncido; su madre también había tenido mucho que ver. Mira que procuraba espaciar las visitas a sus padres, pero hacía casi mes y medio que no los veía y se le habían acabado las excusas, así que cuando su madre la llamó para invitarla a comer, no le había quedado más remedio que ir. Y, claro, durante la comida no habían hablado más que del monotema de siempre: que si no tenía novio ni tiempo para buscarlo, que si el trabajo no lo era todo en esta vida, que si iba a acabar más sola que la una, que los niños necesitan madres y abuelas jóvenes, que si mira tus hermanos lo felices que están con sus hijos, que si... A todo eso ya estaba acostumbrada y, aunque la ponía de los nervios, procuraba llenarse de espíritu zen, pero cuando su madre había sacado a relucir a su amiga Claudia no había podido resistirlo más y se había ido de allí hecha una hiena.

Que sí. Que ella quería mucho a Claudia. Por algo eran amigas desde que iban a preescolar; pero que su madre le pusiera de ejemplo a una descerebrada como Clau, que no había hecho más que tontería tras tontería en su vida —primero con esos trabajos absurdos que le duraban dos días y luego con ese novio insoportable que le había durado ocho años— hasta que, de pura chiripa, había acabado ese pueblo encantador en el que, por fin, había encontrado un trabajo decente y un marido no menos encantador. Porque tenía que reconocer que Darío era absolutamente encantador, no como el petardo del novio ese del que ya ni siquiera recordaba el nombre. Y jamás había visto más enamorada a su amiga. El caso era que había salido de casa de sus padres con un cabreo increíble y eso era lo que le había llevado a beber de más en la fiesta.

Por suerte, gracias a María, a la que pensaba proponer para un bonus especial a finales de año, ni su jefe ni su cliente se habían enterado de nada y su profesionalidad quedaba a salvo. A salvo... menos por un pequeño detalle: de todos los presentes en la fiesta, unos quinientos tirando por lo bajo, justo había tenido que ser Rodrigo Miralles, su archienemigo, el que la había pillado en una situación tan humillante.

«No es justo, no es justo, no es...».

Hablando, o más bien pensando en el Rey de Roma, el muy cabrito acababa de entrar por la puerta; algo que no debería haberla pillado por sorpresa si no hubiera sido porque, desde su metedura de pata con el alcohol, no daba pie con bola.

—¡Mierda! —se le escapó y, para disimular, empezó a toser.

—¿Quiere un poco de agua, señorita Figueroa? —A Gadea le fastidió ese tono, fingidamente amable, y su siguiente comentario hizo que le dieran ganas de apuñalarlo con la preciosa pluma Mont Blanc que se había regalado a sí misma cuando empezó a trabajar en Reason Consultory—. Imagino que preferiría algo un poco más fuerte, pero, por desgracia, no veo ron ni ginebra por aquí.

Los dos equipos, uno a cada lado de la larguísima mesa de reuniones se miraron desafiantes. No era la primera vez que competían por un proyecto y, por desgracia, se dijo Gadea llena de pesar, habían sido ella y sus chicos los que habían salido malparados en las dos últimas ocasiones. Sin embargo, Gadea Figueroa estaba acostumbrada al juego sucio del enemigo y no solo no se dejó intimidar, sino que repelió el ataque con rapidez.

—Es usted muy gracioso, señor Miralles —resultaba bastante peculiar que en esos tiempos de tuteo general, Rodrigo y ella siguieran llamándose señor y señorita y se trataran de usted, pero a Gadea le encantaba; le hacía sentir que entre ellos se alzaba una barrera más—, aunque quizás es usted el que necesita un trago después de ver en el ¡Hola! de esta semana la foto de su guapísima ex camino del altar del brazo de su mejor amigo.

Los labios de Gadea esbozaron una mueca cruel, al ver que a Rodrigo se le borraba de golpe aquella irritante sonrisita. Una vez más, estar al tanto de las debilidades de sus rivales había dado sus frutos.

Los demás asistían en silencio a ese sutil intercambio de pullas; sabían que aquel era un duelo entre dos titanes y todos hacían apuestas respecto a quién se alzaría con el triunfo final. Por desgracia, el entretenido espectáculo terminó abruptamente cuando don Vicente Jiménez, presidente de Dynamics Inc. España, el cliente que los había convocado esa mañana, entró en la sala acompañado por otros dos hombres y una mujer.

—Muy buenos días a todos. Perdonen que les haya hecho esperar. —Don Vicente estrechó la mano de Gadea y de Rodrigo antes de tomar asiento en la cabecera de la mesa que quedaba frente a la gigantesca pantalla digital—. Bien, ¿quién prefiere empezar?

—Las señoras primero. —Rodrigo hizo un gesto galante con la mano.

Pero Gadea sabía de sobra que el que exponía en último lugar era el que solía llevarse el gato al agua y no estaba dispuesta a darle ninguna ventaja a ese engreído.

—Por Dios, señor Miralles, qué patriarcal ha sonado eso —lanzó una risita para quitarle hierro a su comentario—, no puedo aceptar su amable ofrecimiento, así que le cedo el primer turno encantada.

—Adelante, Rodrigo —intervino don Vicente, que tenía cuatro hijas que le ponían la cabeza como un bombo con esos temas—, las mujeres ya no necesitan que les demos ventaja.

A Gadea le pareció que la sonrisa de su rival era un poco forzada y se felicitó a sí misma. Sin embargo, Rodrigo se levantó en el acto, conectó el portátil a la pantalla y empezó a hablar con un aplomo que resultaba muy convincente. Al ser tan alto, su presencia imponía y los suaves gestos de las manos, de dedos largos y finos, subrayaban sus palabras.

Tenía que reconocer que era guapo el jodío, se dijo Gadea, que solo se permitía el lujo de decir tacos cuando hablaba consigo misma, mientras seguía analizando el aspecto físico de su enemigo. La camisa azul pálido ponía de relieve la piel bronceada de su rostro y la blancura de

sus dientes.

«Seguro que tiene una máquina de rayos UVA en su casa, el muy metrosexual», pensó desdeñosa.

Y ese traje. No le quedaba más remedio que reconocerlo también. Ese traje azul marino era de un sastre de los buenos; había que ver lo bien que se ajustaba a esos hombros anchos...una obra de arte. Un mechón de pelo castaño claro había resbalado sobre su frente y los ojos, de un azul brillante, chispeaban con el mismo entusiasmo que imprimía a sus palabras. Si Gadea no hubiera sabido de sobra que ese tipo no era más que un «vendemotos», a ella también la habría convencido.

Cuando terminó de hablar, don Vicente aplaudió un par de veces.

—Bravo —dijo y con una sonrisa se volvió hacia ella—. Su turno, señorita Figueroa.

Gadea inspiró profundamente y se levantó despacio, tratando de que sus gestos no traicionaran su sensación de triunfo. La presentación de su rival había sido buena, pero la suya era aún mejor.

≡ ≡ ≡

Rodrigo deslizó los ojos apreciativamente por la figura alta y esbelta, enfundada en un traje de chaqueta gris y una blusa rosa pálido que le daban un aire profesional y muy femenino a la vez. Con disimulo, asomó un poco la cabeza para regodearse con las largas piernas que los zapatos de tacón medio estilizaban aún más. No le quedaba más remedio que reconocerlo, aunque no era la primera vez que lo pensaba: la señorita Figueroa era una arpía, pero estaba de «toma pan y moja».

¿Cómo se habría enterado de lo de Ana y Felipe?, se preguntó, aunque tampoco le sorprendía demasiado; ya sabía que era una experta en destapar los trapos sucios de sus rivales. Claro que estaba muy equivocada. Había estado enamorado de Ana cuando no eran más que un par de adolescentes de la misma pandilla, pero nunca había tenido nada que hacer; en cuanto ella conoció a Felipe no había tenido ojos para nadie más, lo que no quitaba que ambos hubieran seguido siendo los mejores amigos del mundo.

Pero esas palabras malintencionadas le habían hecho caer en la cuenta de que en los últimos años, salvo un par de relaciones esporádicas nada serias, los había pasado completamente concentrado en su trabajo. En especial, desde que su rivalidad con la señorita Figueroa había pasado a un primer plano.

Observó la larga melena castaña que parecía concentrar todos los tonos del oro y el bronce, y los ojos felinos, de un tono verde fuera de lo normal, que relucían con más y más intensidad, a medida que avanzaba en su exposición.

¿Qué era lo que había en ella que le hacía sentirse como a un gato al que acariciaran a contrapelo?, se preguntó distraído. Gadea Figueroa era una belleza, no podía negarlo; pero ese hiperdesarrollado afán competitivo, esa falta de empatía con las víctimas que iba dejando a su paso, ese desafío permanente... todo aquello le producía una especie de coraje que hacía que, desde que la conoció, hubiera sentido un deseo incontrolable de darle una buena lección.

«Algo que no parece que vaya a suceder hoy», se dijo resignado. Si de algo se enorgullecía era de ser capaz de ser objetivo fueran cuales fuesen las circunstancias y tenía que reconocer que la exposición de su rival había sido mejor que la suya.

Gadea se disponía a hacer su alegato final cuando la puerta se abrió y una mujer entró con pasos apresurados, se dirigió a la cabecera de la mesa y susurró algo al oído del presidente. Este le hizo unas cuantas preguntas en voz muy baja, a las que la mujer respondió asintiendo con la cabeza antes de volver a marcharse.

Don Vicente se puso en pie y se aclaró la garganta un par de veces, era evidente que la noticia que tenía que dar no era de las buenas.

—Me temo que ha habido cambios de última hora. Dynamics Nueva York ha decidido ampliar el target de la campaña a nivel mundial. Les agradezco a ambos sus presentaciones, que han sido de una calidad excelente, pero me temo que tendremos que darle otra vuelta.

Rodrigo se vio obligado a admirar la capacidad de encaje de su rival. Aquel tenía que haber sido un fuerte golpe para ella, que seguramente ya se veía ganadora. Ahora tendrían que volver a empezar desde cero y ya no contaba con la ventaja de la sorpresa. Sin embargo, a pesar de ello, salvo por el modo en que apretó las mandíbulas por unos segundos, Gadea no traicionó sus emociones. Al contrario que sus compañeros de equipo, que no podían ocultar su profundo desánimo, ella esbozó una encantadora sonrisa en esos labios sensuales que atraían su mirada como un imán y dijo con calma:

—En fin, como profesionales que somos, ya sabemos que los imprevistos ocurren. No se preocupe, señor Jiménez, nos pondremos a trabajar en el nuevo escenario cuanto antes.

Algo en esa actitud, aparentemente invulnerable, desató una vez más el instinto depredador de Rodrigo y, en ese mismo instante, se prometió a sí mismo que no solo se llevaría el contrato de Dynamics, sino que esa mujer, esa fierecilla en apariencia indomable, acabaría en su cama más pronto que tarde.

## CAPÍTULO 3

### Capítulo 3

—¿Creen que podrán tener los cambios listos para dentro de tres días? —les preguntó don Vicente antes de abandonar la sala de reuniones—. Puede que los norteamericanos hayan ampliado el target, pero los plazos de ejecución de la campaña siguen siendo los mismos.

—Por supuesto, señor Jiménez —respondió Gadea con aplomo, aunque eso implicara que tuvieran que colocar un colchón inflable en la oficina para pasar las noches, faltaría más.

—Nosotros intentaremos remitírselo incluso antes, don Vicente —dijo entonces Rodrigo Miralles mientras guardaba su portátil en la mochila. Y no contento con eso, esbozó una sonrisa comprensiva para añadir—: De esa forma, pueden revisarlo antes de la presentación por si tuvieran alguna duda. Además, ¿no hay partido de fútbol este jueves? Me pareció entender que jugaba su equipo...

«Qué cabrón», fue lo primero que se le pasó por la cabeza a Gadea con los ojos clavados en él. Conque fútbol, ¿eh? Estaba claro que Miralles no iba a desaprovechar nada con tal de apuntarse un punto de ventaja.

—De hecho, tengo entradas para el palco, así que habrá que terminar pronto nuestra reunión —respondió el señor Jiménez, con cara de satisfacción—. ¿Es usted también del Atlético, Rodrigo?

—Ya sabe que a mí me gusta ir con los mejores, don Vicente. —Lo cual provocó unas risas cómplices entre los dos hombres, que a Gadea la dejaron un tanto descolocada.

En ese instante, su mirada se cruzó con la de Rodrigo y el muy, el muy... ¡el muy canalla! le guiñó el ojo y le lanzó un beso a modo de provocación sin que nadie se percatara.

—Si ganamos este partido, nos quedaríamos a tres puntos del líder —afirmó el presidente de Dynamics.

—Y con opciones de liderar la clasificación, don Vicente —intervino entonces Gadea—. El equipo que encabeza ahora la tabla ha jugado un partido menos que el Atlético, y el que ocupa la tercera posición tiene una cita complicada este fin de semana. Aunque también es cierto que el jueves lo tienen difícil con sus dos delanteros principales lesionados.

El señor Jiménez se volvió hacia ella con una sonrisa de sorpresa pintada en su rostro maduro.

—Vaya, señorita Figueroa, jamás hubiera imaginado que usted también era futbolera.

Y no lo era. O no en ese sentido, exactamente. Le aburrían los partidos, pero le divertía

muchísimo todo cuanto rodeaba el fútbol y disfrutaba como una enana discutiendo con sus hermanos sobre tácticas, analizando fichajes, criticando alineaciones o resultados.

—Mmm... Digamos que me gusta la competición, sea de lo que sea, sobre todo cuando el resultado contradice las previsiones.

—¿Le gusta apostar? —le preguntó el señor Jiménez—. Porque yo digo que vamos a ganar por 3 a 0.

—Tenga cuidado, don Vicente —se rio Rodrigo—. He oído que la señorita Figueroa tiene la sangre más fría que la de un muñeco de nieve y me temo que no le gusta nada perder.

¡Estúpido! Supuso que se refería a aquel torneo de fútbol—sala benéfico entre los equipos de varias firmas de consultoría en el que a ella se le cayó «accidentalmente» su refresco sobre el pelo de un colega de otra empresa sentado delante en la grada. Lo cierto es que no pudo contenerse: el tipo no dejaba de celebrar de manera zafia e irrespetuosa cada tanto de su equipo, sin tener en cuenta que era un evento benéfico al que habían acudido numerosas familias. Ella se disculpó enseguida, pero el hombre se puso a gritar como un energúmeno, hizo que se detuviera el partido y habría llamado incluso a la policía si la directora de recursos humanos de su propia compañía no hubiera mediado para evitarlo. Tras el incidente, el muy patético había hecho correr la voz entre los colegas de que Gadea Figueroa era una loca con muy mal perder, lo cual —todo sea dicho— podía tener algo de cierto en cualquier otra situación, pero no en aquella, precisamente: ninguno de los dos equipos contrincantes era el de su empresa. De todas formas, ni se molestó en desmentir sus palabras. Le importaba un pimiento, en realidad.

Así que, si Rodrigo Miralles creía que le iba a dar el gusto de responderle, estaba muy equivocado. Si algo había aprendido de crecer con dos hermanos mayores empeñados en manejarla a su antojo como si fuera una marioneta, era a mantenerse firme, encajar los golpes con su mejor sonrisa y poner cara de póker. En los juegos de su infancia, no había nada que desarmase más a Alberto y a Alvaro que fingir que no le afectaba nada, que era dura como una roca, inasequible al desaliento. Y esa táctica la había ido perfeccionando con los años, a medida que se había ido enfrentando a cada uno de los retos y obstáculos que le habían surgido a lo largo de su carrera profesional en un mundo, el de la consultoría a empresas, que rebosaba testosterona hasta en las alfombrillas de los ratones.

—Me gusta apostar, don Vicente, pero en esta ocasión prefiero no hacerlo —dijo, prudentemente. Y volviéndose a su rival, le soltó—: Y respecto a la temperatura de mi cuerpo, señor Miralles, no sé a qué se refiere. Tiendo a ser de sangre muy caliente con aquello que me apasiona.

«Cómete esa», se dijo al desfilarse delante de él camino de la puerta tras dedicarle una sonrisa taimada de lo más seductora.



Gadea bebió un trago de su café de máquina e hizo un gesto de asco. Estaba helado. Lógico, por otra parte: desde que fue a por él a las seis de la tarde habían pasado más de tres horas y ahí seguían los tres trabajando a destajo, Jaime, María y ella, inmersos en redefinir acciones de marketing y publicidad, estimar alcance y calcular presupuesto para el proyecto de Dynamics. Y lo que les quedaba por delante.

La puerta de la sala se abrió y asomó por ella su jefe con el abrigo puesto, listo para marcharse.



—¿Cómo vais? —Lo preguntó en general, pero la miró a ella como responsable del proyecto.

—Hum... bien. Pero nos iría mejor si me hubieras asignado a Sonia estos días para reforzar el equipo, tal y como te pedí.

Su jefe forzó una carcajada sarcástica.

—No la necesitas. Tú puedes con esto y con más, Gadea. Ya sabes que confío plenamente en ti. —Sus ojos saltaron a Jaime y a María, a quienes extendió el halago—: Confío en los tres.

—Y yo te lo agradezco, José Luis, pero es que no me fío de Rodrigo Miralles —se quejó Gadea—. Ese es capaz de cualquier cosa con tal de llevarse el proyecto.

—¿Y tú no? —replicó él, repentinamente serio.

—¡Por supuesto que sí!

—Pues entonces, no me preocupa ni AM ni Miralles...—concluyó. El directivo había comenzado a cerrar la puerta para marcharse, cuando de repente, recordó algo—: Por cierto, lo he visto hoy en el restaurante. Estaba comiendo con esa influencer tan famosa... cómo se llama... ¡ah, sí! Bettina Beppo.

Gadea dio un respingo en su asiento. El nuevo target de Dynamics eran los millenials y, oh, casualidad, ¿Rodrigo Miralles queda a comer con Bettina, la mayor influencer entre el público millennial?

—¿Y qué hacían comiendo juntos? ¿Tenían algún documento sobre la mesa? ¿Has podido escuchar de qué hablaban? ¿Se reían mucho? ¿Parecían pareja?

—Acostumbro a no escuchar conversaciones ajenas... —comenzó a decir su jefe, que al ver el gesto escéptico con el que lo miraba Gadea, rectificó sobre la marcha—. Salvo que sea de estricto interés para la empresa, claro.

—Si me hubieras avisado, te habría dicho que, estrictamente, esa conversación tenía el máximo interés para la empresa, jefe.

José Luis hizo un gesto de despreocupación y como despedida, agregó:

—Si te sirve de algo, lo único que le he oído decir al pasar junto a su mesa es: va a ser el mayor bombazo del año.

El mayor bombazo del año. ¿A qué se referiría? ¿Estaría planeando una acción sorpresiva e impactante para Dynamics? Necesitaba saberlo. Necesitaba averiguar qué planeaba Rodrigo Miralles para que no les pillara desprevenidos el día de la presentación y todo se fuera al garete.

—Chicos, atended. —Sus dos colaboradores alzaron los ojos rojos y apagados de tanto rayo catódico y la siguieron por la sala mientras se calzaba sus tacones recuperados de debajo de la mesa y descolgaba el abrigo del perchero para ponérselo—. Si queremos llevarnos el proyecto, tenemos una importante misión que cumplir esta misma noche. Apagad los ordenadores, recoged todos los papeles y refrescaos la cara con agua, que nos vamos a tomar una copa a After Curro. No tenemos ni un minuto que perder.

≡ ≡ ≡

*After Curro*, situado en el centro de la zona con mayor concentración de grandes firmas de consultoría de la capital, era el local más concurrido a eso de las diez de la noche, cuando comenzaban a abandonar sus oficinas los consultores. Raro era el día en que no se encontraban allí con un buen número de colegas dispuestos a despejarse la mente con una copa y un bol de nachos bien picantes que parecían soltarles la lengua. Nada más entrar en el moderno local, Gadea hizo un rápido barrido visual de la gente sentada a la barra y en las mesas. Identificó, al menos, a

siete empleados de AMCY. Hizo un gesto a sus compañeros para que la siguieran y tomó asiento en un hueco libre que encontró en la barra. Tras pedir al camarero una bebida para cada uno, se dirigió a Jaime y María en tono confidencial:

—De acuerdo. Esto es lo que vamos a hacer: necesitamos averiguar si el equipo de Rodrigo Miralles planea algo impactante para el proyecto de Dynamics y de qué se trata.

—¿Y qué más da? —se quejó Jaime—. No podríamos hacer nada, nos queda poco más de un día para enviar el proyecto.

—Un día es más que suficiente para contrarrestar con algo.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó María—. No pretenderás que nos colemos en la oficina de AMCY a espiarlos.

—No, esa sería nuestra penúltima opción. —Se irguió y colocándose en perpendicular a la barra, les indicó—: Echad un vistazo disimulado por encima de mi hombro izquierdo, en la barra. Dos hombres. Uno con traje azul marino y corbata color chicle y otro con traje de tres piezas en gris grafito. ¿Los veis? —Cuando comprobó que tanto Jaime como María asentían con rápidos movimientos de cabeza, continuó—: Los dos trabajan en AMCY. El de azul es Berto Mañas, del área de Administración y contabilidad; el de gris es Antonio Martínez, responsable de sistemas. El más fácil de asaltar es Berto, porque a la tercera copa le da por arrepentirse de no haber aceptado una succulenta oferta de trabajo en la sede de un gran banco en Sudáfrica y comienza a revelar algunos trapos sucios de AMCY. ¿Crees que podrías invitarlo a una copa y sonsacarle algo, María? Seguro que está al tanto de algo, ya que él es quien gestiona presupuestos.

María miraba con los ojos muy abiertos hacia los dos objetivos señalados por Gadea.

—¿No sospechará nada?

—¿Te conoce de algo?

—No, que yo sepa. Llevo solo tres meses en Reason.

—Pues entonces no hay peligro. Tú dile que trabajas en Affiniture desde hace poco, y listo.

—¡Atención! ¡El del traje gris se va al aseo! —exclamó Jaime en voz baja—. ¡Berto se ha quedado solo en la barra! ¡Hay que aprovechar!

—¿Y si me pilla? —susurró María, con cara de susto.

—¿Cómo te va a pillar? Eres una chica con muchos recursos —afirmó Gadea con convencimiento—. Invéntate lo que sea. Nos estamos jugando el proyecto, cualquier cosa que averigües nos vale.

—Bien. De acuerdo. Lo haré. ¡Pero no os vayáis sin mí!

—¡Claro que no! Jaime y yo vamos a tomar contacto con aquel grupo de allí, junto a la diana. Tres chicos y dos chicas. Sé que son de AMCY, aunque no sé exactamente de qué áreas, así que vamos a descubrirlo. Con lo que sea, nos comunicamos vía whatsapp. —Antes de que su compañera se diera media vuelta para dirigirse hacia el hombre acodado en la barra, añadió—: María, si dudas o tienes el más mínimo problema, abandona y vente con nosotros. ¿Entendido?

La chica asintió, respiró hondo y avanzó con paso firme hacia su objetivo.

—Andando, Jaime. Nosotros dos vamos de pesca. A ver qué cae en las redes.

## CAPÍTULO 4

Gadea y Jaime esperaron a que María entrara en conversación con el tal Berto. Durante esos pocos minutos, el After Curro se fue llenando para alegría de Gadea.

—Aprovechemos ahora, antes de que llegue alguien que nos pueda conocer.

Se apretaron entre la gente para hacerse el hueco suficiente para pasar con la bebida en la mano y cuando estuvieron al lado, Gadea tropezó «casualmente».

—¡Uy! ¡Perdón, perdón, perdón! ¡Pero cómo te he puesto! ¡Soy una torpe! ¡Te he echado toda la cerveza por encima! Cógeme el vaso, Jaime. —Sacó un paquete de pañuelos de papel del bolso y empezó a secar la chaqueta del jovencito al que había —literalmente— duchado.

—No ha si-do na-da —tartamudeó él al encontrarse con una diosa romana toqueteándolo por entero.

El resto del grupo se había alejado unos pasos para evitar terminar calados como aquel hombrecillo y Jaime aprovechó para entablar conversación.

«Bien jugado», se dijo Gadea. «Al final, Jaime y María van a ser un buen fichaje».

—¿Cómo que no? —Gadea volvió su atención hacia el tipo al que acababa de empapar, le dedicó su mejor sonrisa de caza-hombres y lo apartó con toda intención de sus compañeros de trabajo mientras seguía frotándole la tela mojada—. Perdona otra vez, pero ha sido un accidente. Este local, con tanta gente. Vengo todos los días y nunca me había pasado. No te había visto antes. ¿Sueles pasarte por aquí?

—Bueno, sí.. no sé.

El chico no apartaba los ojos de su cara y Gadea no dejó de sonreírle abiertamente.

—Me llamo... Lucía. Trabajo en Affiniture —mintió—. Imagino que tú también trabajarás por aquí —hizo un gesto con la mano que abarcaba el mundo entero.

—Sí, sí, pero desde hace poco.

—Ah, claro. Por eso no nos habíamos visto nunca. ¿Y en dónde, en concreto?

El pareció despertar del feliz sueño.

—AMCY Consultores.

—¡Oh! —exclamó ella, haciendo ver lo impresionada que estaba—. Una de las grandes. Vaya suerte. Fue mi primera opción, pero no pudo ser. Tengo entendido que solo cogen a los buenos de verdad —lo halagó.

Él sonrió nervioso.

—Bueno... sí, la verdad es que fui de los primeros de mi promoción.

—Y... ¿para qué departamento exactamente?

—Marketing.

—¿Marketing! ¿No trabajarás con Rodrigo Miralles?

—Es... es mi jefe. ¿Lo conoces?

Gadea notó un tono de desconfianza en la voz y se dio cuenta de que su farsa estaba punto de escapársele de las manos, hasta aquel pardillo iba a darse cuenta de que era todo una comedia, y rebajó su agitación.

—¡Uf! Vaya ruido. Vayamos a ese rincón.

Gadea lo alejó de sus amigos disimuladamente. Él la siguió como un gatito.

—Lucía... —comenzó él, pero ella lo cortó para evitar que la conversación cambiara de dirección.

—Conozco vuestro trabajo —continuó ahora más moderada—. Debéis de ser un gran equipo para llevaros proyectos tan jugosos. ¿En qué estáis ahora?

Hizo la pregunta con mucha naturalidad y evitando que aflorara su impaciencia.

—Pues... —, pero al ingenuo todavía le faltaba un último empujón.

—Nosotros estamos planeando una campaña para una empresa de infusiones naturales. Un tema apasionante.

—Y nosotros a punto de llevarnos un enorme contrato de un gran cliente —anunció ilusionado, el muy tonto.

—Nuestro cliente es Tierra Natural. Una gran empresa. La puedes encontrar en todas las herboristerías del país.

—Nosotros trabajaremos para Dynamics Inc. —confesó él muy ufano.

—¡Vaya! La multinacional de ropa deportiva. —Gadea elevó las cejas en un gesto de asombro y, después, dejó caer los párpados con rapidez un par de veces y amplió la sonrisa todavía más—. ¿Un proyecto para España? Tengo entendido que quieren ampliar los canales de distribución. Hasta ahora solo los distribuían en grandes almacenes, ¿verdad? Un proyecto muy atractivo. Has tenido mucha suerte.

—¿Para España dices? Nooo. A nivel internacional. Vamos a hacer una campaña para la distribución internacional; Asia y África incluidos. ¡Un bombazo!

Ya estaba. El pipiolo había caído en sus redes. Ahora solo tenía que conseguir que siguiera hablando.

—¿Para todo el mundo? Eso llevará un montón de tiempo de preparar. Tendréis que trabajar noche y día durante... —dejó el tiempo en el aire y él picó como una anchoita ante un gusano jugoso.

—Es para dentro de dos días. Pero lo tenemos todo controlado —se jactó.

—Seguro que sí. No me imagino la cantidad de cosas que habréis desarrollado. Me gustaría ver un proyecto de ese estilo. Seguro que se puede aprender de él mucho más que todo lo que nos enseñaron en la universidad. Porque la teoría está muy bien, pero lo complicado viene cuando hay que poner en práctica todas las ideas. ¿En qué has contribuido tú? ¿De qué parte te encargas?

—Yo...bueno... Yo barro internet buscando nuevas posibilidades.

—¿Cómo cuáles? —preguntó Gadea, ya sin disimulo.

—Ya sabes, todas las posibilidades que ofrece Instagram, Twitter...

—¿Youtube?

—Sí, claro, Youtube también. Miro a la gente que sale, lo que dicen, los seguidores que tienen y sus posibilidades.

—Te dedicas a buscar influencers.

—¡Uf! Es un tema que me apasiona. Admiro mucho a la gente que es capaz de llegar a

miles, millones, de personas solo con salir en internet y contar lo que le gusta. De algunos de ellos podríamos aprender muchísimo los profesionales del marketing.

—¿Y qué has encontrado últimamente? Cuenta, cuenta...

—¡Ni se te ocurra decir una palabra más, Alberto!

Gadea se dio la vuelta y se dio de bruces con él. Era Rodrigo Miralles, en persona, y clavaba en ella sus ojos de asesino.

—¿Perdón?

Que el novato no entendía a qué venía la orden de su jefe quedó patente por cómo pasaba la mirada de uno a otro. Gadea decidió que había llegado la hora de retirarse, pero Miralles le sujetó un brazo con fuerza, impidiéndole que se escabullera.

—Esta... señorita, por no llamarla algo más fuerte, es, ni más ni menos, que Gadea Figueroa. —Detuvo su discurso esperando la reacción del tal Alberto, pero este no tenía ni idea de quién le hablaba—. Anda, lárgate de aquí. Mañana hablaremos.

Gadea aprovechó la ocasión y fingió darse por enterada. Sin embargo, esta vez tampoco consiguió que Miralles la soltara.

El pipiolo se escabulló entre la gente con la rapidez de una lagartija y los dejó solos.

—Suéltame —masculló ella con los dientes apretados.

Pero en vez de dejar que se marchara, tiró de ella como si fuera un mulo de carga y la llevó hasta el pasillo de los servicios.

—¿Qué se supone que estabas intentando hacer?!

—Suéltame o me pongo a dar alaridos y en dos minutos se presenta una pareja de policías. A ver quién se cree que no has intentado agredirme.

Rodrigo la soltó de golpe y antes de que a Gadea le diera tiempo a reaccionar, la tenía atrapada de nuevo. Aunque esta vez no la tocaba. Tenía las manos apoyadas contra la pared a uno y otro lado de su cabeza y estaba tan cerca de ella, que era físicamente imposible poder huir.

Él acercó sus labios a su oído y susurró muy bajito:

—No pienso moverme de aquí hasta que me expliques qué demonios te traes entre manos.

Gadea desistió. Estaba claro que si quería quitárselo de encima, tendría que echar mano de toda su labia.

—Nada en absoluto. Estábamos charlando de... cosas, tonterías sin importancia.

—Mentirosa, estabas sonsacando información a un miembro de mi equipo.

—No, en absoluto.

—No te creo.

—Pues no sé por qué, tu compañero es un tipo muy atractivo.

—¿Te has mirado al espejo? ¿Le has mirado a él? ¡Vamos! Si parecías la reina y el bufón de la corte. ¿La «tigresa de Reason» con un consultor junior de AMCY? Ja. Nadie lo creería. Lo que tú quieres de Alberto es llegar al proyecto que presentaremos en un par de días en Dynamics.

—Ni se me había ocurrido.

—Podrías tener al menos un poco de dignidad y reconocerlo.

Gadea giró la cabeza a un lado, incapaz de seguir sosteniéndole la mirada.

—No tengo que reconocer nada —insistió mientras intentaba pensar en qué iba a decir a continuación.

—Eres una cobarde —la acusó Rodrigo y, sorprendentemente, la liberó.

Podría haberse largado de aquel pasillo y haberlo dejado allí. Sin embargo, no lo hizo.

—¿Cobarde yo? No tienes ni idea de con quién hablas.

—No te creas, tengo una idea muy aproximada y de primera mano. ¿O acaso no te acuerdas

de lo que contaste durante nuestra conversación en el servicio de mujeres en la fiesta de Uxón?

La verdad era que no mucho, pero eso tampoco iba a reconocerlo.

—Si fuera una cobarde, me hubiera largado ya y te habría dejado con un par de narices.

—Igual es que todavía esperas sacar algo de información de esta conversación.

—¿Podría? —preguntó ella, más relajada ahora que Rodrigo parecía haber reducido su enfado.

—¿Podría yo sonsacarte a ti?

—Ni lo sueñes.

—Ya tienes tu respuesta.

—Bien, pues si ya ha quedado todo claro, nos podemos marchar de aquí, ¿no?

De un salto, Rodrigo le impidió el paso de nuevo.

—No sin que antes escuches una última cosa.

Ella se cruzó de brazos y apoyó los hombros en la pared con cara de estar deseando que el sermón acabara de una vez.

—¿Vas a soltarlo ya?

—Como vuelva a verte a ti o a cualquiera de los tuyos a menos de dos metros de la gente de mi equipo, te pongo una denuncia por robo de información.

—No te atreverás.

—Y como aparezca en el informe de Dynamics una sola frase, idea o pensamiento igual o levemente similar a cualquiera de las nuestras, también. Y me atreveré, vaya si lo haré.

Gadea le lanzó una mirada de odio.

—Quítate de mi camino.

Él se apartó por fin. Pero cuando ella pasó a su lado, le recordó:

—Una sola palabra igual y...

Gadea no pudo soportar más la humillación de ser amonestada por Rodrigo Miralles.

—¡Eres una serpiente! —le espetó.

—Conocía la opinión que tenías de mí, pero veo que he mejorado a tus ojos. En la fiesta de Uxón me tenías por un encantador de serpientes, no por una de ellas.

«Es un encantador de serpientes, eso no te lo niego. Con su perenne sonrisa, diciendo a todo el mundo lo que quiere oír. Se limita a comerle la oreja a los jefes.» Recordó de pronto el contexto donde había dicho aquello y a quién se lo había dicho. Y no había sido a Rodrigo Miralles si no a...

La figura de otro hombre se recortó en el inicio del pasillo.

—Rodrigo, nos vamos ya. ¿Vienes o te quedas?

Rodrigo respondió al recién llegado.

—Ese es... —masculló Gadea.

—Íñigo Zabaleta. La próxima vez que hables de mí asegúrate de que no sea con uno de mis mejores amigos —la reprendió.

Y se largó, dejándola frustrada y muy, muy, humillada.

## CAPÍTULO 5

Gadea miró distraída cómo el copo de nieve se derretía contra el cristal del vagón y resbalaba convertido en gota de agua hacia Dios sabía dónde.

«Igual hacia el infierno, donde yo estoy ahora».

Vale, quizá sonaba un poco melodramático, pero si no fuera por el frío que debía de hacer ahí afuera —a juzgar por los campos nevados que el tren dejaba atrás mientras se dirigía a toda marcha hacia su destino—, habría jurado que llevaba ya unos cuantos días en ese lugar tan calentito del subsuelo celestial.

Había perdido.

Movió la cabeza con la mirada fija en el paisaje, aunque en realidad no lo veía.

«Perdido, perdido, perdido», le decía el apenas perceptible traqueteo del vagón.

«Perdido, perdido, perdido», leía en las caras tristes de Jaime y María, que sentados enfrente de ella, fingían estar abstraídos, uno en la música que salía por sus cascos y la otra en su libro electrónico.

Gadea Figueroa era una perdedora.

Así, sin paños calientes. La verdad y nada más que la verdad.

Recordó aquel aciago martes de hacía ya casi una semana. Después del fiasco del After Curro —María tampoco había logrado averiguar gran cosa—, los tres habían vuelto a la oficina bastante desanimados. Sin embargo, la pelea con Rodrigo debía de haberla inspirado, porque de pronto se le ocurrió una idea magnífica, tan increíble que, cuando se la contó a María y a Jaime, los dos habían reaccionado como si se acabaran de meter un tirito de coca y les hubiera dado un subidón.

Por supuesto, habían pasado toda la noche sin dormir. Hacia las siete de la madrugada se habían duchado en los vestuarios de la empresa, —Gadea, previsora, les había recomendado que se llevaran una muda de ropa—, habían desayunado a toda prisa en el bar de la esquina y, con los folletos recién encuadernados cuyas hojas aún conservaban el calor de las impresoras, cogieron un taxi que los dejó en las oficinas de Dynamics.

Su rival ya estaba allí, en la sala de juntas de la vez anterior, con su inseparable guardia de corps. Después de cruzar un frío saludo, cada equipo se sentó a un lado de la mesa y empezó el habitual lanzamiento de miradas amenazadoras, al que la entrada del presidente de Dynamics puso fin.

—Esta vez empezaremos por las señoras —dijo.

Pese al cansancio acumulado, Gadea se levantó en el acto, muy sonriente, y empezó a exponer su propuesta. A medida que hablaba, veía que la cara de don Vicente se ensombrecía más

y más. Se fijó en que murmuraba algo en el oído de su asistente personal y que este asentía con la misma expresión sombría que su jefe. Aquello le hizo perder el hilo. Gadea sabía bien que don Vicente no tomaba ninguna decisión sin consultar a su adjunto. La vez anterior, la atención del presidente de Dynamics no se había apartado ni un segundo de las palabras que salían de sus labios. Carraspeó y volvió a empezar con la última parte de la exposición, haciendo un esfuerzo para que no le temblara la voz. Miró a su rival de reojo, y la mueca arrogante que descubrió en su boca la inquietó aún más. María y Jaime, en cambio, la miraban muy sonrientes, y este último incluso levantó el pulgar con disimulo. No entendía nada.

Con rapidez terminó la exposición y se quedó mirando al hombre sentado a la cabecera de la mesa, expectante. Sin embargo, al contrario que la última vez, en vez de aplaudirla con una sonrisa y decirle unas cuantas palabras amables. Don Vicente asintió con gesto seco y le indicó a Miralles que era su turno.

Desconcertada, Gadea se dejó caer en la silla y trató de concentrarse en las palabras de su rival. El proyecto de AMCY era muy bueno y, como siempre, la habilidad comercial de Rodrigo Miralles hacía incluso más convincentes sus palabras.

«Pero el mío es mejor», pensó como la vez anterior. Sin embargo, en esta ocasión no solo se sentía mucho más insegura, sino que una intensa inquietud hacía que no pudiera dejar de golpear el suelo con la planta del pie.

—¿Qué es ese ruido? —Rodrigo interrumpió su exposición y la miró con fijeza. Avergonzada, Gadea desvió la mirada sintiendo que se ponía roja.

—Perdón, es solo...

—Continúe, señor Miralles —la interrumpió el presidente sin demasiada delicadeza.

Rodrigo siguió hablando con seguridad y cuando terminó, esta vez sí, el presidente dio unas cuantas palmadas.

—Buen trabajo. Creo que no hay duda, ¿no crees Martín? —se dirigió a su adjunto.

—Ninguna, señor Jiménez.

—Señor Miralles, le felicito. En esta ocasión es AMCY Consultores quien se lleva el gato al agua. Mañana a las nueve nos reuniremos con el resto de departamentos. —Don Vicente estrechó la mano de su rival vigorosamente. Luego se volvió a ella con la mano tendida, le dio un lánguido apretón, y le dijo sin mirarla apenas—: Muchas gracias a usted y a su equipo por su trabajo, señorita Figueroa. —Y, sin más, salió de la sala.

Gadea, Jaime y María se quedaron clavados en mitad de la sala de juntas mientras el equipo rival expresaba su entusiasmo vitoreando a su jefe y abrazándose entre ellos.

—No entiendo nada. —Jaime sacudió la cabeza.

—Yo tampoco. —María miraba las muestras de salvaje entusiasmo de los otros, completamente desconcertada.

Gadea no tenía fuerzas ni para decir que estaba igual que ellos.

En ese momento, Rodrigo se acercó a ella, exultante, y le dio un par de palmaditas en la espalda, con una irritante actitud paternalista que en cualquier otra ocasión la habría hecho saltar como una fiera.

—Caramba, caramba... —Chasqueó la lengua varias veces, al tiempo que le lanzaba una insufrible mirada de lástima—. Al parecer, la señorita Figueroa no ha hecho bien los deberes.

Gadea sabía que él estaba disfrutando con su humillación, pero no pudo evitar preguntar con una voz rasposa que no parecía la suya habitual:

—¿Por qué?

—Quieres decir, ¿por qué don Vicente nos ha elegido a nosotros? —preguntó burlón.



—La mía era... —Gadea carraspeó con fuerza, se notaba que le costaba hablar—. La mía era mejor.

—No te digo que no, tu idea de basar el proyecto en el parkour y su estética como modo de acercarse a los estratos más jóvenes de la sociedad ha sido brillante.

—En... ¿entonces? —balbuceó.

El modo en el que se alzó la comisura izquierda de la boca de su rival y el centelleo de los ojos azules le anunció que Rodrigo Miralles se disponía a entrar a matar.

—El único hijo varón de don Vicente se mató mientras practicaba parkour. —Gadea abrió los ojos como platos—. Tanto él como su esposa odian a muerte ese deporte y dedican buena parte de su tiempo y su dinero a organizar cruzadas para que se prohíba practicarlo en el centro de las ciudades.

Gadea lo miró incapaz de decir palabra.

—Así que, gracias a tu estratosférica metedura de pata, el proyecto es nuestro. Rodrigo se volvió hacia su equipo y les arengó:

—And the winner is...???!!!

—¡¡¡AMCY Consultores!!!

Gadea tuvo la impresión de que el techo de la sala se vendría abajo de un momento a otro con semejante alboroto y, al comprender que no podría contener las lágrimas mucho más tiempo, cogió su chaqueta y el bolso y salió de allí a toda prisa.

≡ ≡ ≡

Aun ahora, sentada en aquel tren, todavía le parecía escuchar esos insoportables alaridos de triunfo que le desgarraban los tímpanos. De hecho, la sensación era tan real, que abrió los ojos sobresaltada y estuvo a punto de gritar ella también al ver que varios miembros del equipo de AMCY pasaban por el pasillo armando jaleo mientras su némesis, Rodrigo Miralles, se dejaba caer en el asiento vacío que había a su lado.

—¿Qué haces tú aquí?!

—Me imagino que lo mismo que tú. —Gadea odiaba tanto esa sonrisa burlona, que nada le habría gustado más que borrársela de un tortazo—. Nosotros también vamos al congreso.

Gadea ahogó un gemido. Ya era bastante tortura que su jefe hubiera insistido —a gritos, para más señas— en que, debido a los últimos proyectos que habían dejado escapar, el equipo al completo iría a ese congreso de consultoría que se celebraba todos los eneros en la estación de esquí de Formigal a ver si «alguien aprendía algo de una puta vez». Esas habían sido sus palabras textuales.

Así que, muy a su pesar, allí estaba ella subida en ese tren AVE —que le estaba pareciendo más bien una tortuga— que los dejaría en Huesca, para allí coger un minibús que los llevaría a la estación. A ella le gustaba esquiar, sí —aunque hacía años que no lo hacía debido al exceso de trabajo—, pero tenía cosas mucho más urgentes en las que concentrarse ahora mismo. En especial, porque tenía la horrible sensación de que su —hasta hacía bien poco— brillante carrera estaba a punto de irse al garete. Sin embargo, no era momento de hundirse aún más en la miseria, se dijo Gadea con firmeza. El tipo que estaba a su lado no se merecía que ella le mostrase lo mucho que se había resentido su autoestima en los últimos tiempos.

—Formigal es muy grande. Ojalá no tengamos que vernos a menudo —dijo con sequedad y giró la cabeza hacia la ventanilla, dando por concluida la conversación.

—¿Sabes que me ha dicho un pajarito que estamos en el mismo hotel?

No, Gadea no lo sabía, pero no le iba a dar el gusto de confirmárselo.

—Espero que sea inmenso y tenga un millar de plantas.

—Pues yo espero que nos toque cerquita, por si te animas a hacerme una visita nocturna. Esta vez, Gadea sí se volvió a mirarlo con una expresión de desprecio inconfundible en el rostro. Se sacudió la melena con ademán regio y dijo en tono gélido:

—Eres el último hombre del mundo al que yo le haría una visita nocturna.

Mierda, ¿ese comentario le había jodido? Confirmado: le había jodido. Rodrigo trató de disimular y esbozó una sonrisita cargada de desdén. Cuando uno de los chicos le había dicho que tres vagones más adelante estaba la frígida de la Figueroa y su pandilla, todos más serios que un funeral, no había podido resistirse a la idea de ir a fastidiarla un poco, pero al verla ahí sentada, mirando pasar el paisaje nevado con semejante expresión de infelicidad en el rostro, algo se le había removido en un lugar recóndito de sus entrañas. Había intentado librarse de esa molesta sensación haciéndola rabiarse, pero cuando le había soltado eso de: «Eres el último hombre del mundo al que yo le haría una visita nocturna», tan convencida, tan despreciativa, tan altiva... tan todos los «ida-iva» de este mundo, había sentido rabia y un cierto dolor en ese mismo sitio de sus entrañas en el que prefería no pensar ahora.

—Te recordaré tus palabras más adelante —dijo Rodrigo con una seguridad que estaba lejos de sentir.

Gadea soltó otra de esas risitas desdeñosas que lo enervaban.

—Tranquilo, no será necesario. —En ese momento, el tren empezó a reducir la velocidad; estaban a punto de llegar a la estación—. Uf, menos mal que casi hemos llegado. No me apetecía nada tener que ir a buscar un vagón en el que el aire no estuviera contaminado.

Enfadado con ella y, sobre todo, consigo mismo por permitir que esa niñata altiva lo sacara de sus casillas, Rodrigo se puso en pie y dijo en el mismo tono burlón que había empleado desde que se sentó a su lado:

—Bien, será mejor que vaya a recoger mi equipaje, pero no te digo adiós, sino hasta la vista.

Rodrigo caminó por el pasillo en dirección a su vagón, y ni siquiera reparó en la mirada admirativa que le dirigió una atractiva mujer; estaba demasiado concentrado en tramar algún tipo de argucia que hiciera que Gadea Figueroa tuviera que tragarse su orgullo y acabara haciéndole esa visita nocturna de la que habían hablado.

## CAPÍTULO 6

—Aquí tiene: su acreditación del congreso, la cartera con el programa y la llave de su habitación. Debe tomar el ascensor de la derecha, sexta planta. —La joven sentada tras el mostrador de recepción le entregó con sonrisa eficiente el kit completo de su estancia en el hotel de montaña Estrella Polar—. A las ocho y media comenzará el cóctel de bienvenida para todos los asistentes, en el salón principal.

Lo último que le apetecía después de casi cuatro horas de viaje rodeada de compañeros de trabajo que pasaban a su lado ignorándola o peor aún, mirándola con cara de pena, era tener que asistir a un cóctel de bienvenida abarrotado de jefes, colegas y rivales a los que debería lidiar.

«Esta noche, no», se dijo decidida a acomodarse en la habitación, encender la televisión y pedir algo de cenar antes de meterse en la cama prontito. Con un poco de suerte, nadie se daría cuenta de su ausencia y mañana sería otro día.

—¿Con quién te ha tocado? —le preguntó María, con quien coincidió en el ascensor. Y sin esperar su respuesta, añadió—: A mí con una tal Úrsula, del área de Seguros. Ya nos podrían haber puesto juntas ¿verdad?

¿Compartir habitación? ¡Ni en broma! Al menos, se había ganado el derecho a disfrutar de una habitación para ella sola, como todos los consultores senior de la empresa. Necesitaba alejarse un poco de las miradas enjuiciadoras de los demás y lamerse las múltiples heridas infligidas a su orgullo en las últimas dos semanas.

—Conozco a Úrsula, entró el año pasado. Es agradable, os llevaréis bien —dijo simplemente, al tiempo que apretaba el botón de la cuarta planta—. Además, te interesa relacionarte con juniors de otras áreas, nunca se sabe cuál será tu próximo proyecto.

María la miró fijamente y de pronto su rostro se descompuso en un gesto de desolación.

—Eso significa que... ¿Me estás diciendo que vas a prescindir de mí? ¿Es eso? Entonces... ¡Jaime tenía razón!

—¡No! ¡No digas tonterías! Por supuesto que no quiero que te vayas, ni Jaime ni tú. ¡Eres seria, minuciosa, trabajadora, entusiasta! Estoy muy contenta con tu trabajo, María.

—Vale —dijo casi en un susurro su colaboradora—. Gracias.

—¿Y qué es eso de que Jaime tenía razón?

—Dice que ha oído por ahí que tanto él como yo estamos en la cuerda floja por todo el asunto de AMCY y que probablemente nos asignen a otros equipos menos competitivos...

Así que era eso. Durante toda la semana había observado movimientos sigilosos y reuniones extrañas a su alrededor, sin saber a qué se debían. Ahora ya lo sabía. Algunos de sus compañeros estaban maniobrando internamente para aislarla e impedir así que ascendiera a

gerente, tal y como le había asegurado José Luis apenas un mes antes. Al parecer, bastaba un solo tropiezo para borrar una larga lista de éxitos.

Bueno, ¿qué esperaba? Así de despiadado era el negocio, siempre lo había sabido. Cuanto más arriba estás, más enemigos tienes. Pero lo que no consentiría era que María y Jaime fueran castigados por trabajar a sus órdenes. Eso, nunca.

Con un gruñido de rabia, Gadea alzó su maleta y la dejó caer sobre la enorme cama mullida que presidía la acogedora habitación. Sus ojos se clavaron en sendas chocolatinas colocadas en cada una de las almohadas. Justo lo que necesitaba: una buena dosis de azúcar previa a la ración de comida basura que pensaba pedir al servicio de habitaciones. Con el chocolate en la boca y ya más tranquila, hojeó el programa del congreso: a lo largo de cuatro días se celebrarían ponencias, una sesión intensiva de trabajo sobre tendencias de mercado, talleres sobre habilidades directivas y reuniones varias. A ella le tocaba intervenir al día siguiente, en una mesa de debate en la que también estaba, cómo no, el innombrable. Lo que le faltaba.

No había comenzado a deshacer su maleta cuando le sonó el móvil. En la pantalla apareció el nombre de uno de sus hermanos.

—¿Gadea? Siento molestarte, pero hace días que no das señales de vida y...¿has visto el mensaje que ha puesto Alberto en nuestro grupo de Whatsapp?

—Lo siento, es que no he tenido tiempo de nada estos días...

—Solo quería saber qué ha pasado al final con lo que hablamos la semana pasada.

Gadea se esforzó en hacer memoria, pero solo recordaba una sucesión de interminables jornadas de trabajo en la oficina con motivo de la presentación de Dinamics.

—Uhhh... ¿Y de qué hablamos?

—¿En serio? ¡No me lo puedo creer! —le oyó gritar al otro lado del teléfono—. ¡Del regalo de aniversario de papá y mamá! ¡Quedamos en que te encargabas tú de gestionarlo! ¿Cómo puedes haberlo olvidado?

«Ay, Dios». El aniversario de sus padres. Se le había borrado completamente de la memoria. Y era... ¿cuándo? No sabía ni el día en que vivía. Miró la fecha en la carpeta del congreso y no necesitó ni un segundo para darse cuenta de que era... ¡al día siguiente! Sintió un enorme nudo en la garganta y los ojos se le anegaron en lágrimas que no pudo contener.

«¿Otra vez vas a llorar, Gadea?», se recriminó como si fuera una niña pequeña. Siempre le habían molestado las personas lloronas y últimamente tenía la sensación de que se le saltaban las lágrimas por cualquier cosa.

Pero, ¿cómo podía haberse olvidado de algo así? Con la emoción que le hacía imaginar la sorpresa que se llevarían sus padres cuando recibieran el ramo de flores, acompañado del viaje organizado a Viena con el que tanto soñaban desde hacía mil años. Incluso tenía preparado el tarjetón en el que cada uno de los tres hermanos había escrito una preciosa dedicatoria, y que se había quedado colgado en la puerta de su frigorífico.

—¿Gadea?

Sorbió los mocos antes de responder a Álvaro.

—Lo... lo siento. Es que... llevo una semana muy...muy complicada y...

Entonces rompió a llorar a moco tendido, sin importarle lo que pensara su hermano, el gran cirujano que operaba corazones con pulso de hierro.

—¡Eh, eh, eh! —le oyó exclamar de nuevo—. ¿Qué es eso de llorar así, a distancia, para que no pueda consolarte? Tranquilízate y dime qué ocurre, hermanita.

Se lo contó todo. Desde el principio, sin guardarse nada. Abrió la compuerta de las emociones acumuladas en las últimas dos semanas y dejó que salieran en tropel, sin filtro ni

control, hasta el final.

—Y aquí estoy. En una habitación de hotel en mitad de los Pirineos, deseando coger el primer tren que me lleve de vuelta a Madrid —concluyó, agotada.

—Podrías hacerlo, si es lo que quieres. Aunque, sinceramente, no creo que huir sea la solución.

—Tal vez no, pero ahora mismo, es lo que me pide el cuerpo.

—De acuerdo. Pero se me ocurre otra alternativa posible: te das un baño relajante, te arreglas, te pones guapísima y bajas a ese estúpido cóctel dispuesta a dar la batalla a todos esos buitres que no valen ni la mitad que tú. ¿Desde cuándo nuestra pequeña Gadea Figueroa se retira de una pelea?

Desde que Rodrigo Miralles le había demostrado que era mejor que ella, y eso dolía mucho.

—No me siento con fuerzas, Álvaro.

—Cariño, escúchame: si no te levantas y te enfrentas a la situación ahora, nunca volverás a ser la misma. Un contrato perdido no es el fin del mundo, ni tampoco te define más de lo que te definen tus éxitos. Y tú no eres así, hermanita. —Hizo una pausa a la espera de que ella reaccionara, pero en vista de que no respondía, agregó—: ¿Vas a dejar que te aparten así, sin más, después de todo lo que has trabajado? ¿Se lo vas a poner tan fácil a tu jefe, a ese Rodrigo y a todos los que dudan de ti?

«Ni hablar. Si alguien quiere mi puesto, que me lo diga a la cara».

—¿Sabes qué? Que tienes razón. Que después de tanto esfuerzo, tantas horas extras, tantos fines de semana perdidos, tantas vacaciones no disfrutadas, sería muy tonta si les dejara el campo libre. No se lo merecen.

—¡Así me gusta!

—¿Te podrás encargar tú de enviar el ramo de flores, Álvaro? Tú mismo puedes incluir el documento del viaje que habíamos contratado, lo compartí con vosotros por correo electrónico. Prometo dejarte ganar la próxima vez que vayamos al circuito de karts.

—¿Disculpa? Soy yo el que te deja ganar a ti cada dos por tres.

Gadea soltó una carcajada tan grande que retumbó en toda la habitación.

—Yo también te quiero, hermanito. Ahora te dejo, que tengo una reputación que defender.

≡ ≡ ≡

Rodrigo recorrió de un vistazo los distintos grupitos de consultores y consultoras que comenzaban a llenar el salón. Ni rastro de Gadea Figueroa. De camino al corrillo formado por sus compañeros de empresa, interceptó al camarero y agarró una de las copas de vino que portaba sobre la bandeja. Escuchó con poco interés los chismorreos sobre los movimientos de personal que circulaban por ahí: el director de área de Affiniture acababa de fichar por la competencia y se había llevado con él a todo su equipo; y Consultancy había incorporado a una nueva socia y «agarraos, ¡es de origen chino! Dicen que es para atraer a las empresas tecnológicas asiáticas».

—¿Habéis oído lo de Reason? Parece que andan las aguas revueltas desde que nuestro Miralles se merendó a la «tigresa» de una sentada en Dynamics —dijo David, un senior de tercer año, del departamento de logística y distribución.

—¡Maramamiauuuu! —El gilipollas de Fabián meneó la cabeza hacia Rodrigo imitando un débil ronroneo felino que tradujo en—: ¡Oh, cielos! Me han descendido de tigresa a dulce gatita...

Todos le rieron la gracia... menos él. Ese tipo de bromas sexistas le molestaban

profundamente.

—Gadea Figueroa es una consultora muy competente —dijo, en tono seco—. Seríamos tontos si la menospreciáramos por haber perdido un proyecto.

—¡Venga, Rodrigo! No me digas que no te da ni un poquito de gusto haberle ganado a una tía que va por ahí de «chica de oro» del negocio —replicó David con un deje de rencor en la voz. Gadea Figueroa le había quitado uno de sus clientes más rentables—. Un colega me dijo que aspiraba a ser la socia más joven de su empresa, fuera como fuera.

—¿Y eso es malo? Si yo os dijera que aspiro a ser socio de AMCY antes de los treinta y cinco, ¿pensaríais también que soy un mal bicho? ¿O solo lo pensáis de ella por ser mujer?

—¡No es lo mismo! —insistió David—. Creo que, simplemente, está sobrevalorada. Tú mismo le diste un buen repaso ante el presidente de Dinamics.

—Yo no le di ningún repaso a nadie. Su propuesta era tan consistente como la mía y si no hubiera sido por el asunto del parkour y el hijo de Vicente Jiménez, tal vez el resultado hubiera sido otro.

—¡Eso sí que fue una cagada! ¡Quedará en los anales de la consultoría para siempre jamás! —exclamó Fabián. De nuevo, risas burlonas—. ¿A quién se le ocurre plantear algo así? ¿Ves como está sobrevalorada?

Lo que veía era que no merecía la pena seguir discutiendo. Rodrigo volvió a echar un vistazo alrededor de la sala. Divisó a su jefe junto al presidente de Affiniture y el de Reason, y no muy lejos de ellos, en un extremo de la mesa de bebidas, descubrió a Iñigo de confidencias con... Gadea Figueroa.

Vaya. Por alguna razón, le molestó verlos así, tan juntos, charlando como si fueran buenos amigos.

—Voy a saludar a Zabaleta. Luego os veo. —Rodrigo se bebió el último trago de su vino y se alejó de esa panda de cabrones.

Una cosa era criticar a la tigresa por sus logros profesionales y otra cosa era machacarla por pura envidia. Y si algo debía reconocer, era que esa mujer era endemoniadamente buena en lo suyo. Y lista. Y muy atractiva. Y... le interesaba mucho, esa era la verdad. Tenía la sensación de que debajo de esas toneladas de sarcasmo, arrogancia y exigencia, había una mujer muy distinta que le gustaría descubrir.

Con paso tranquilo, se encaminó hacia el lugar donde se encontraban sin quitarle a ella el ojo de encima. Incluso a distancia, llamaba poderosamente la atención con ese vestido rojo entallado que contorneaba cada curva de su cuerpo como si fuera una escultura. La vio soltar una carcajada por algo que le acababa de decir Iñigo y por un instante, deseó haber sido él quien la hiciera reír así por una vez, para variar. ¿Cómo sería Gadea Figueroa en la intimidad, fuera del ámbito laboral? No conseguía imaginársela.

—¿Interrumpo algo? —preguntó al llegar junto a ellos. Esa simple pregunta fue suficiente para que a Gadea se le helara la sonrisa en la cara.

—Mira, el hombre del momento —murmuró ella, irónica.

—Claro que no, Rodrigo —dijo Iñigo, como si no supiera nada—. Estamos echándonos unas risas al recordar viejas batallitas de nuestros primeros años en esto de la consultoría. ¡Qué inocentes y tiernos éramos!

—¿En serio? Porque no sé si me imagino a Gadea como una novata tierna e inocente... —Lo soltó sin pensar, antes de darse cuenta de que quizá, no era la mejor forma de limar asperezas.

—Muy gracioso —dijo ella en tono sarcástico—. Si crees que me voy a disculpar por tener ambición profesional y ser competitiva, estás muy equivocado. He trabajado tanto o más que

tú para llegar adonde estoy.

—Nadie te ha pedido que...

Un estridente chirrido hizo enmudecer a la sala entera. Dos toquécitos al micrófono y la voz del presidente de la Asociación Europea de Consultores se elevó para dar la bienvenida a todos los asistentes e inaugurar el que, según dijo, sería «un encuentro clave para el futuro del sector».

—Nuestro principal objetivo es crear el ambiente adecuado para que, a lo largo de estos cuatro días, surjan sinergias, oportunidades de colaboración, alianzas, y quién sabe si una larga amistad. No estamos aquí para competir por nada. Todo lo contrario. Estamos aquí todos juntos para compartir, aprender, relajarnos y también... ayudar a quienes lo necesitan. Por eso, les anuncio que hemos organizado un concurso de proyectos de consultoría solidaria para cuatro organizaciones sociales que desarrollaremos gratis, es decir, pro-bono, durante esos días. Formaremos cuatro equipos integrados por consultores y consultoras de las distintas compañías, y juntos, arrimareis el hombro para ofrecer a las ONG una solución real y efectiva a su problema. El equipo ganador se llevará el reconocimiento unánime de sus colegas, un pequeño detalle y el agradecimiento infinito de la ONG y de los miles de personas a los que ayuda. ¿Hay algún premio mejor que ese? —Hubo algunos aplausos que silenciaron por unos segundos al presidente. Luego continuó—: Sabía que os gustaría la idea. En la entrada del restaurante donde servirán la cena encontraréis un tablón de anuncios con una lista en la que podréis apuntaros los que deseéis participar.

—¿Un concurso solidario organizado para no competir entre nosotros? No se lo cree ni él —dijo Íñigo.

—Pues yo pienso apuntarme —dijo Gadea, convencida—. Siempre me ha atraído la idea de ayudar profesionalmente a una ONG.

Si ella se apuntaba, él no sería menos, resolvió Rodrigo. Lo que todavía no había decidido era si se integraría en un equipo para competir con ella o contra ella.

## CAPÍTULO 7

Sería en el equipo de Gadea. Rodrigo lo había decidido esa misma mañana después de escuchar atentamente su presentación sobre «Incorporación de nuevos elementos productivos a equipos de trabajo». La charla había sido brillante. Y divertida, muy, muy divertida. La gente se lo había pasado en grande y él había descubierto otra cara oculta de aquella mujer, que cada vez lo atraía más.

Pero al entrar en el salón Ámbar, en donde los habían convocado para formar los equipos, la decisión se fue al traste. En la puerta de la sala, una chica, que Rodrigo identificó como la mano derecha del presidente de la asociación, le puso un cestillo delante de la cara.

—Tienes que coger uno.

Rodrigo examinó los papeles de colores que la mujer le ofrecía.

—¿Es para una rifa? —bromeó él.

Ella rio.

—Cada color corresponde a uno de los equipos. Elige el que más te guste. ¿Azul, amarillo, rosa o verde?

Pero Rodrigo, en vez de contestar, examinó a las personas del interior de la sala. Tres hombres y cinco mujeres. Gadea no era ninguna de ellas.

—Acabo de recordar que tengo que hacer una llamada —dijo, y volvió por donde había venido.

En el vestíbulo, fingió que leía el periódico cuando en realidad miraba por encima de él. Tuvo que esperar más de un cuarto de hora hasta que la vio salir del ascensor y dirigirse a la sala de la reunión. La siguió unos pasos atrás. Se acercó a ella cuando llegó a la puerta y la mujer le ofreció los papeles de colores. Rodrigo metió la cabeza entre ambas con todo descaro. Quedaban dos azules, uno rosa y tres amarillos. Los verdes habían desaparecido.

La observó dudar con los dedos planeando sobre los papeles. Si cogía el rosa, estaba perdido. Se esfumaría la oportunidad de estar juntos en el mismo equipo. Aunque algo le decía que Gadea no era muy de rosas ni de amarillos. Sin embargo, no pudo comprobarlo.

—¿Te importaría no invadir mi espacio vital? —le gruñó ella.

—Por supuesto —contestó y se separó de ella, aunque no se movió más de medio metro.

Gadea cogió su papel —que, por supuesto, él no alcanzó a ver— y entró en la sala.

Le llegó el turno a Rodrigo. Sonrió cuando vio los que quedaban. Le sorprendió descubrir que no había acertado con los gustos de Gadea. Se apresuró a coger uno de los amarillos y a seguir a Gadea.

La alcanzó antes de que esta llegara a la mesa que les correspondía.



—Vaya casualidad —comentó cuando se puso a su altura.

—¿Casualidad?

Él mostró su papel al tiempo que señalaba el de ella.

—Que a los dos nos guste el amarillo, digo.

A ella se le puso cara de disgusto.

—¿No has cogido uno azul?

—No. ¿Pensabas que lo haría? ¿Por eso has cogido el amarillo, porque creías que yo cogería el azul?

Ella no respondió, pero a Rodrigo le quedó claro que había intentado librarse de él. Se alegró de que no lo hubiera conseguido, a la vez que le divirtió saber que a ella le molestaba tenerlo cerca.

≡ ≡ ≡

A su grupo, formado por seis consultores, les asignaron un proyecto de gestión de un campo de refugiados en Malí, un país del que no conocían más que la información de contexto que les había proporcionado la ONG, junto con la descripción del proyecto y sus necesidades específicas, que estaban bastante claras. Sin embargo, las discusiones entre Rodrigo y Gadea comenzaron desde el principio.

—Deberíamos centrarnos en una zona concreta del campamento. Si no, no nos va a dar tiempo a plantear una propuesta en tres tardes —dijo Rodrigo después de consultar unos datos en el ordenador.

—¡Qué tontería! La población beneficiaria del proyecto son los refugiados de todo el campamento. No puedes mejorarle la vida a un puñado de refugiados mientras los demás miran —le refutó ella.

Los traidores de sus compañeros, Luis y César, estuvieron de acuerdo con Gadea.

—De acuerdo, pues empecemos por optimizar los centros de atención sanitaria —dijo Rodrigo.

—Antes de eso, hay que asegurar el abastecimiento de alimentos. Ahora mismo, la desnutrición es el problema más urgente —dijo Gadea, mostrándoles unas impactantes fotos de niños escuálidos.

—Pero la atención sanitaria es imprescindible no solo para tratar la desnutrición, también para controlar las epidemias —insistió Rodrigo, dirigiéndose a sus compañeros masculinos. Necesitaba que lo apoyaran en esto, no podía salirse siempre ella con la suya—. Si el cólera se extiende entre la población, ¿de qué sirve poner el foco en el hambre si se te está muriendo la gente a cientos en apenas tres días?

Pero Gadea ya estaba negando con la cabeza.

—En cualquier situación de emergencia, hay que atender a los niños y las mujeres, primero —replicó.

—Lo que hay que hacer es centrarnos en los problemas más graves para el conjunto de la población —se exasperó Rodrigo—. No se puede poner el foco en un solo problema porque todos están interrelacionados.

Sus compañeros los miraban a uno y a otra alternativamente, como si asistieran al intercambio de bolears en un partido de tenis.

—¿No decías que no nos daría tiempo a proponer una solución para todo el campamento en tres tardes? ¡Hay que priorizar! ¿O acaso es que has perdido la perspectiva? —se enfrentó

Gadea a él.

—¡Ja! Ya te gustaría que eso sucediera para poder tirarme al barro.

—Yo me cambio de grupo —los interrumpió de repente César—. Está visto que tenéis algo sin resolver y que vais a convertir este ejercicio en un campo de batalla en cualquier momento. Yo estoy aquí para hacer un buen papel y que mi jefe se fije en mí y, con vosotros, lo único que voy a conseguir es quedar fatal con todo el mundo.

Fue dicho y hecho. César se largó sin añadir nada más.

Rodrigo y Gadea enmudecieron. Todo el mundo a su alrededor los observaba. A algunos hasta se les escapaban una sonrisillas maliciosas, emocionados por ver a la «tigresa de Reason» y a su eterno oponente enfrentados de nuevo.

—Yo tampoco me quedo aquí. —Luis aprovechó la oportunidad y se escabulló antes de que ninguno de los dos reaccionara.

La organizadora del evento se acercó a ellos con cara de pocos amigos y Gadea y Rodrigo, que hubieran preferido pasar desapercibidos por una vez en su vida, continuaron siendo el centro del interés.

—¿Qué ha sucedido?

Tenía cara de señorita Rottenmeier dirigiéndose a unos niños malcriados.

—Ha sido un malentendido —se disculpó Rodrigo.

—¿Qué-ha-su-ce-di-do? —repitió la mujer.

—En realidad no ha pasado nada porque... —comenzó él de nuevo, pero Gadea lo detuvo.

—Ha sido culpa nuestra. Lo sentimos mucho. No deberíamos haber participado. Muchas gracias por todo. Seguro que nuestros compañeros hacen unos proyectos estupendos —siguió hablando mientras retrocedía y arrastraba a Rodrigo con ella.

No lo soltó hasta que salieron del salón, subieron las escaleras y llegaron al vestíbulo. Entonces sí, cuando ya hubo pasado el peligro de que Rodrigo hablara y la mujer pudiera entrar en cólera, lo soltó. De repente, tan de repente que a punto estuvo de caerse.

—¿Puedes explicarme a qué ha venido esto? ¿Por qué me has obligado a abandonar?

—No, no puedo. Bueno sí, sí puedo, pero no quiero porque no vas a entender nada.

—¿Qué es lo que no voy a entender?

—¿Tú has visto bien la cara de esa mujer?

—Perfectamente.

—Pues no sé a ti, pero a mi me recordaba a mi madre a punto de castigarme sin salir de casa lo que queda de año.

Rodrigo hizo un gesto de aceptación.

—La verdad es que sí. Se parecía también bastante a la mía después de descubrir que me había gastado la paga del mes en cromos de fútbol.

Gadea se dejó caer en uno de los sillón de terciopelo junto a uno de los ventanales. Rodrigo se acomodó en el de al lado.

—No teníamos ninguna posibilidad de ganar. Además me ha dado la sensación de que gran parte de la audiencia estaba frotándose las manos ante la posibilidad de que todo nuestro prestigio profesional rodara por los suelos. Así que, Rodrigo Miralles, me debes una: he logrado que mantengas tu reputación intacta.

Él la miró con incredulidad.

—¿Desde cuando batirse en retirada es de valientes? Todos los que se han quedado dentro nos van a tildar de cobardes.

—Al menos a los jefes no les llegará la noticia de que generas problemas.

—No, si lo decía por ti, que luchas hasta el final y no te separas del tablero del parchís hasta derrotar a todos tus contrincantes —se burló Rodrigo de ella.

Pero Gadea no entendía nada.

—¿Qué tiene que ver el parchís con lo de ahora?

Él se rio de ella, ya sin disimulo.

—¿No lo recuerdas? Me lo dijiste tú misma.

Gadea comenzó a molestarse. No le gustaba en absoluto ser el objeto de burla de... de nadie.

—¿Yo? ¿Cuándo te he dicho yo semejante mamarrachada?

El momento de distensión se hizo añicos con el último comentario de Gadea.

—Será mejor que lo dejemos —decidió él.

Gadea se levantó del asiento, decidida a dejarlo, pero a él, y plantado.

—Sí, será mejor, mucho mejor. No te metas en más líos, Rodrigo Miralles, que no voy a estar ahí para salvarte —le advirtió antes de marcharse.

≡ ≡ ≡

—¡Jajajaja! ¡No puedes dejarlo escapar! Ese tío es para ti.

Gadea conectó el manos libres del móvil para poder maquillarse mientras hablaba con Anuska, una de sus mejores amigas y la única a la que había localizado aquella tarde.

—¿Para mí?! ¿Estas loca? Si me quedara en una isla desierta, Rodrigo Miralles sería el último hombre que desearía tener a mi lado.

—Pues por lo que cuentas, te ibas a divertir con él.

—¿Con Rodrigo Miralles? Me sentiría como una... una... una... —Por alguna razón, a Gadea no le salieron las palabras, así que Anuska le dio un empujón.

—¿Como una mujer con un hombre atractivo?

—¿Quién demonios te ha dicho que es atractivo?!

Anuska se rio aún más que antes.

—Acabas de confirmármelo. O sea, que está como un tren.

—¡De eso nada!

—¿Es feo? ¿La atractiva consultora se ha enamorado de un hombre feo? Espera un momento. Creo que me...

Anuska dijo algo más que Gadea fue incapaz de entender, atónita como se había quedado. El comentario le había impactado tanto que la raya que se había pintado en el ojo izquierdo le llega hasta la sien. Miró de reojo la pantalla del teléfono, patidifusa.

—¿Enamorada? ¿Estás de broma? ¿Enamorada yo?

A Gadea le temblaba el pulso y decidió dejar la sesión de maquillaje para después de colgar el teléfono. De regreso a la habitación, se tumbó en la cama.

—¡No me he enamorado! Ves visiones donde no las hay.

—¿Que no las hay? —se quejó su amiga al otro lado de la línea.

—La próxima vez lo grabo todo y te lo pongo. Si vieras con qué detalle me lo has contado. ¿Cuándo has definido a un hombre como «arrogante, chulo y gallito»? Nunca, ahí hay tema seguro —confirmó Anuska—. ¿Te lo has tirado ya?

—¡Que no me lo he tirado! ¿Cómo te lo voy a repetir?

—Pues ya estás tardando bonita. Son las ocho y media, date unos buenos brochazos, ponte espectacular e invítalo a bailar. Antes de medianoche, cae seguro. ¡Segurísimo!

Al final, Gadea tuvo que reírse con las tonterías que decía la payasa de su amiga.

—Venga, loca. Te voy a dejar que a este paso, llegaré la última a la cena.

—¿Has quedado con él?

—Sí. —Esperó unos segundos la respuesta de Anuska, pero al ver que la había dejado sin palabras, sonrió—. Y con otras treinta personas más. Te quiero.

—Y yo a ti —se despidió Anuska. —¡Tíratelo! —fue lo último que oyó Gadea.

—Necesito estar espectacular y brillar como nunca. Tengo que asegurarme de que todo el mundo sepa que estoy en la primera línea —murmuró mientras se miraba en el espejo con el eyeliner en la mano.

## CAPÍTULO 8

La cena no fue para nada como Rodrigo la había planeado. Tras pensarlo detenidamente mientras se arreglaba en su habitación antes de bajar, había llegado a la conclusión de que, aunque lo hubiera hecho sin consultarle, había sido un acierto que Gadea hubiera tomado la decisión de sacarlos a ambos del concurso del proyectos; sabía de sobra que por mucho que dijeran que era para «compartir, aprender y relajarse», teniendo a Gadea Figueroa enfrente eso no iba a ser posible. La verdad era que no quería seguir enfrentándose a ella, al menos durante un tiempo. Quería rebajar un poco la tensión que se creaba siempre que estaban juntos, saber cómo era en realidad cuando no estaba trabajando, enterarse de todos los detalles de esas misteriosas partidas de parchís; en definitiva, se había propuesto conocerla mejor.

Sin embargo, casi no pudo cruzar una palabra con ella en toda la noche. Gadea estaba espectacular con un vestido negro, muy escotado en la espalda, que ponía de relieve el brillo de su pelo y la longitud de sus piernas. Más de la mitad de la población masculina de consultores allí reunida debía de haber llegado a la misma conclusión, porque habían formado un impenetrable círculo de moscones a su alrededor.

Gadea parecía disfrutar de ese babeo indisimulado. Su aspecto distaba mucho del de la ejecutiva seria y profesional al que lo tenía acostumbrado; tenía las mejillas sonrosadas y no había dejado de sonreír en toda la cena. No como él, a quien uno de sus colaboradores le acababa de preguntar por qué estaba tan cabreado, a lo que había contestado con un gruñido mientras daba otro sorbo a su copa de vino.

Solo habían podido intercambiar unas pocas palabras después de la cena; de pura suerte, consiguió interceptarla cuando se dirigían al salón en el que habían instalado la barra y la pista de baile.

—Si pretendes esquiar mañana, será mejor que dejes de beber.

Por supuesto, en cuanto le dirigió la palabra, la sonrisa hechicera se borró de los labios de Gadea, quien lo miró con un brillo de desafío en los ojos verdes.

—Pues a ti tampoco parece que te preocupe demasiado —dijo señalando con un dedo la copa de vino que él llevaba en la mano.

—Te recuerdo que casi te doblo en tamaño. El alcohol no causa en mí el mismo efecto que en una cosita como tú.

La oyó soltar un bufido y contuvo una sonrisa; el comentario estaba diseñado al milímetro para provocarla.

—Lo de «cosita como tú» te lo guardas para tus ligues, si no te importa. Además, por si no lo sabías, mi padre aún vive y no tengo ninguna necesidad de tus consejos paternos.

—Entonces —dijo como si no hubiera notado su tono ácido—, ¿mañana subes a esquiar o te quedarás durmiendo la mona?

—¡No estoy borracha! —exclamó indignada.

—Eso espero, que no pongas el exceso de alcohol como excusa.

Gadea apretó los labios con fuerza y dejó pasar unos segundos antes de contestarle.

—En primer lugar, yo no soy de las que ponen excusas; en segundo lugar, mañana estaré en las pistas a primera hora y te dejaré bien claro quién es aquí la reina del esquí; en tercer lugar...

Pero Rodrigo nunca supo qué nuevo desafío tenía en mente su desquiciante rival porque, justo en ese momento, uno de Affiniture, que no había parado de acosarla en toda la noche, la cogió del brazo sin preguntar y la arrastró entre risas a la pista de baile.

Rodrigo se quedó un rato ahí parado con los puños cerrados, mirando cómo ese tipo sudoroso y bastante bebido bailaba con ella, apretándola más de la cuenta, hasta que ya no pudo resistirlo más.

Si no se iba de allí, iba a hacer alguna tontería, se dijo. Además, no le vendría mal estar fresco a la mañana siguiente; tenía muy claro que iba a recoger el guante que ella le había arrojado a la cara.

≡ ≡ ≡

—¡Oh, Dios mío!

Gadea se sujetó la cabeza entre las manos. Acababa de sonar la alarma, pero habría jurado que acababa de acostarse. Aturdida, cogió el móvil de la mesilla y comprobó la hora. Las ocho en punto. Lanzó un gemido, ese era el preciso momento en el que se arrepentía con toda su alma de haberse quedado hasta las tantas. Había sido un gesto de desafío dirigido a ese metomentodo de Rodrigo Miralles, pero lo cierto era que, en cuanto notó que él se había marchado de la fiesta, la cosa perdió mucha emoción. Pese a ello, siguió bailando, bebiendo y coqueteando un par de horas más, para demostrarse a sí misma que la presencia o ausencia de ese tipo insoportable no significaba nada para ella, pero, claro, ahora llegaba el arrepentimiento. Tarde, como de costumbre.

Con un esfuerzo, se levantó, se duchó y se puso el equipo de esquiar. Su espejo le había dicho que no tenía muy buena cara, pero descartó ponerse maquillaje; siempre había considerado un poco ridículas a esas mujeres que hacían deporte pintadas como coches.

Bajó al comedor y, en cuanto la camarera le puso delante una jarrita con café y otra con leche, se abalanzó sobre ellas como un vampiro sediento de sangre. Acababa de rellenar la segunda taza cuando oyó a su lado una voz odiosamente familiar:

—Te he traído algo de comer. Necesitarás algo más que café para rellenar el agujero que seguro que tienes en el estómago.

Sin pedir permiso, Rodrigo Miralles se dejó caer en la silla de al lado y dejó el plato, lleno hasta los topes de cruasanes, donuts y otros bollos desconocidos que había cogido del bufé, encima de la mesa.

—No gracias, no tengo hambre y no me gusta hablar con nadie a la hora del desayuno —dijo en voz baja, para evitar que su dolor de cabeza se acentuara.

—En eso te pareces a mí —comentó él, sirviéndose a su vez una taza de café.

—Entonces, ¿puede saberse por qué estamos hablando?

Rodrigo dio un enorme mordisco a uno de los donuts y lo hizo a un lado. Masticó con parsimonia y tragó mientras untaba un cruasán con mantequilla y mermelada. Finalmente, respondió:

—Para fastidiarte, claro. Toma. —Le tendió el cruasán que acababa de untar y,

sorprendida, Gadea lo cogió sin pensar.

—¿Pretendes que me coma esta bomba de colesterol?

—No hay como una buena bomba de colesterol antes de una sesión de ejercicio agotador. Te necesito allí arriba con todas tus energías intactas.

A Gadea le dolía demasiado la cabeza para discutir, así que dio un mordisco al cruasán y lo encontró delicioso. No tardó en terminarlo y extender la mano para coger un donut de chocolate; lo cierto era que entre el café y los bollos empezaba a sentirse un poco mejor, lo suficiente para mirar a su alrededor por primera vez con cierto grado de curiosidad.

—¿Solo hemos bajado nosotros?

Rodrigo, que iba por el tercer bollo y la segunda taza de café, señaló una mesa con un gesto de la cabeza.

—Ferrán y Luis, de Reason, también se han animado.

Gadea miró por la ventana. El cielo estaba plomizo; tenía toda la pinta de ir a ponerse a nevar de un momento a otro.

—La verdad es que hace malísimo.

—¿Estás intentando rajarte?

Gadea dio un mordisco desafiante a su donut y miró a su interlocutor con el ceño fruncido.

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que yo no soy de las que se rajan? Y no te pienses que por haberme traído el desayuno a la mesa voy a tener piedad de ti.

Rodrigo le lanzó una de esas sonrisas perfectas que tenían la virtud de provocarle un extraño cosquilleo en el estómago.

—Perfecto. Me gustan las mujeres de palabra.

Gadea terminó su café y dejó la taza en el platillo con cierta brusquedad.

—No me interesan lo más mínimo tus gustos en cuestión de mujeres, ¿sabes? Por mí como si te van los hombres.

Rodrigo sonrió una vez más, y a Gadea le jorobó encontrarlo tan atractivo, pero tenía que reconocer que el equipo de esquiar acentuaba aún más su evidente masculinidad.

—No, te aseguro que no van por ahí los tiros. ¿Vamos?

—Vamos —asintió ella.

Ambos se levantaron de la mesa al mismo tiempo, y los consultores de Reason los imitaron. El guarda esquís estaba cerca de la recepción, y los cuatro charlaron y bromearon mientras se ponían las botas. Salieron con los esquís al hombro y recorrieron los pocos metros que separaban el hotel de la parada del autobús que les subiría a las pistas.

Arriba el viento soplaba con fuerza, pero eso no parecía desanimar al personal; la estación estaba llena de esquiadores. Gadea se subió la cremallera del anorak. Al menos había buena visibilidad, se dijo. No le gustaba esquiar con niebla.

Después de esperar una pequeña cola, cogieron uno de los remontes. La noche anterior había caído una buena nevada y, mientras subían en la silla, a Gadea le dieron envidia los esquiadores que ya bajaban haciendo virajes por las pistas recién pisadas.

—Tiene muy buena pinta —dijo Ferrán y todos asintieron.

Pocos minutos después, hacían su primera bajada. Ferrán y su compañero esquiaban bien, pero no se podían comparar con Rodrigo y ella, se dijo Gadea sin falsa modestia. Los dos tenían muy buen estilo y se deslizaban por la pista como si no les supusiera el menor esfuerzo. Por supuesto, nada más comenzar a esquiar empezaron los piques; a ver quién iba más rápido, quién daba el salto más alto cuando había un montículo, quién llevaba la mejor postura en una de las pistas, repleta de bañeras...

La mañana pasó sin sentir, y Gadea pensó que hacía mucho que no disfrutaba tanto.  
—Tíos, son casi las cuatro. Me muero de hambre, ¿quién se viene a la cafetería? —  
preguntó Ferrán.

—Yo —respondió su compañero.

A Gadea no le apetecía parar y, como si le leyera la mente, Rodrigo le preguntó:

—¿Una más, Gadea?

—Por mí sí. ¿Repetimos la negra de antes?

Él asintió con la cabeza.

—Bueno, pues nos vemos en el hotel —dijo Ferrán—. Creo que picaré algo y me bajo.  
Estoy fundido.

Se despidieron de sus compañeros y cogieron una silla. A esas horas y en esa pista, el remonte estaba casi vacío.

—Reconocerás que esquío mejor que tú.

Rodrigo miró a ambos lados, como si no estuvieran prácticamente solos, rodeados tan solo por un cielo encapotado y cada vez más oscuro. Empezaron a caer los primeros copos que, sumados al aire que se estaba levantando, anunciaban una posible ventisca.

—¿Me lo dices a mí?

—A quién si no. Sé que te costará admitirlo, pero mi estilo es más depurado. Tú, perdona que te lo diga, tienes una cierta... rigidez a la hora de flexionar.

—Así que una cierta... rigidez, ¿eh?

Gadea se encogió de hombros.

—Aha.

—¿Sabes qué? Que te vas a comer tus palabras. Esta bajada será la definitiva. El que llegue antes al alquiler de esquís que está al lado de la cafetería será el vencedor indiscutible del día y se ganará... una cena donde elija, por ejemplo, ¿te parece?

—Me parece —asintió Gadea con la cabeza, sintiendo el conocido subidón de adrenalina que le producían los desafíos de cualquier especie y sin hacer caso de las fuertes rachas de viento que hacían balancearse la silla.

En la cima de la montaña se pararon para ajustar los ganchos de las botas. Rodrigo se colocó bien las gafas de ventisca, metió las manos enguantadas por las correas y se volvió hacia ella.

—¿Lista?

—Lista.

—Preparados, listos...

—¡Ya! —Gadea salió disparada y una sonrisa se dibujó en su boca al oír la maldición que lanzó su rival, antes de salir detrás de ella a toda prisa.

Tenían la pista para ellos solos. A vista de pájaro, eran como un par de pinceles que dejaban delicadas huellas en la nieve mientras se deslizaban a toda velocidad. La sensación era tan increíble que a Gadea se le escapó una exclamación de felicidad que, casi al momento, se transformó en un grito de pánico.

De detrás de una roca surgió de repente un surfero que avanzaba en dirección perpendicular a la pista; era evidente que no la había visto. Horrorizada, Gadea pensó que chocaría contra él. En el último segundo, consiguió esquivarlo, pero no pudo evitar salirse de la pista. Aterrorizada, vio el precipicio que se abría a su izquierda y echando mano de toda sus fuerzas, consiguió virar y seguir unos metros por la pendiente que lo bordeaba. Cuando ya pensaba que había pasado lo peor, la cola de uno de sus esquís rozó la punta de una roca semienterrada



bajo la nieve. Al instante, se le saltó la atadura, perdió el esquí y empezó a rodar fuera de control ladera abajo, cada vez a más velocidad.

Lo peor era la impotencia de rodar y rodar con el cuerpo desmadejado y sin nada a lo que agarrarse, sin saber cuándo se detendría o, peor aún, qué la detendría. ¿Una roca? ¿Un árbol? ¿Un barranco oculto? ¡Socorro! ¡No quería morir!

Fue un pequeño montículo de nieve virgen lo que frenó su caída libre, gracias a Dios. Permaneció unos segundos inmóvil, aturdida, hasta que se supo a salvo. Exhaló un largo suspiro de alivio antes de abrir los ojos despacio, no sin cierto temor a lo que se iba a encontrar. Estaba tumbada boca arriba, en una postura extraña, como de muñeca rota. El cielo gris, amenazante, parecía descender sobre la montaña. Y nevaba débilmente.

Con un gemido, alzó la cabeza despacio. Miró a un lado y a otro: no se veía ni un alma, solo nieve y más nieve alrededor. La quietud más absoluta. El único sonido que oía con claridad era el de su corazón latiendo a mil por hora. Sin embargo, no le dolía nada.

«Estoy bien, no me ha pasado nada. Estoy bien». O eso quería creer. «Vamos, Gadea. Intenta moverte, aunque sea poco», se dijo.

Primero movió un brazo, y bien. Luego, el otro. También bien. El problema llegó cuando quiso extender la pierna que tenía doblada bajo su cuerpo y sintió un pinchazo agudo, en algún punto, no sabía dónde. Su grito se perdió en la inmensidad de la montaña.

## CAPÍTULO 9

—¡Gadea! —Antes de que pudiera darse cuenta, Rodrigo se había soltado los esquiés y corrió hacia donde ella estaba. Nunca imaginó que la reconfortaría tanto sentir a ese hombre tan cerca de ella, a pesar de la inquietud que vio reflejada en su rostro—. ¿Te has hecho daño? ¿Cómo estás? ¿Te duele algo?

Ya fuera a causa del miedo, la rabia o el subidón de adrenalina, lo cierto fue que, de pronto, las lágrimas le desbordaron los ojos como un torrente y se sintió incapaz de articular palabra. ¿Cómo le había podido pasar? ¿Cómo había podido perder el control de esa forma? Eso le sucedía por ese afán por ganar, por competir hasta el límite.

—Eh, no llores... Ya ha pasado, estás a salvo... —dijo él, en un tono de voz que le sonó tierno, reconfortante. Se había quitado los guantes para limpiarle las lágrimas de la cara con suavidad, mientras continuaba hablando—: Y yo estoy aquí, a tu lado, aunque me odies. Vamos a salir de esta juntos, ¿vale?

Pensó que eso era lo más bonito que había oído en las últimas semanas. Asintió con un débil cabeceo y dijo:

—Yo no te odio.

—Eso debe de ser porque la caída te ha afectado a la cabeza. —Rodrigo soltó una risilla que le duró poco, porque enseguida añadió—: Antes de nada, mira mi dedo y síguelo con los ojos sin perderlo de vista.

Gadea obedeció con los ojos todavía llorosos.

—No parece que tengas una conmoción... ¿Te notas mareada?

—No.

—¿Náuseas?

—No.

—Bien. Ahora déjame comprobar que no tienes ninguna herida abierta.

—Cualquiera diría que eres médico... —dijo ella, en un tono algo burlón.

—Hice un cursillo de primeros auxilios hace muchos años para intentar ligarme a una chica que me gustaba mucho —respondió él, guiñándole un ojo—. La chica me dio calabazas, pero saqué la mejor calificación. Voy a quitarte el casco, también.

Cómo no, suspiró Gadea, dejándose hacer. Debía reconocer que desde que llegaron al congreso había descubierto unas cuantas cosas buenas de Rodrigo Miralles, como su sentido del humor y el interés que ponía en decidir hasta... los platos del desayuno. Sí, ese Rodrigo Miralles era toda una revelación para ella.

Notó cómo sus manos revisaron cada parte de su cuerpo, palpando con cuidado mientras

observaba su reacción. Al llegar a la pierna doblada, soltó las ataduras de la bota y, al instante, Gadea volvió a aullar de dolor.

—¡Joder!

—Puede que tengas el tobillo roto, no estoy seguro —murmuró, preocupado.

—¿Roto? —gimió, asustada—. ¡No puede ser! ¿Qué va a pasar con mi ponencia de mañana? ¿Tendré que volver a Madrid en ambulancia? ¿Cómo voy a ir a trabajar?

—No te muevas. Voy a llamar al teléfono de asistencia en pistas.

Lo vio alejarse unos metros con el móvil en la mano. Si tenía el tobillo roto, sería un auténtico desastre. Para empezar, no podría moverse de ahí por su propio pie, ni siquiera con la ayuda de Rodrigo. No tendrían más remedio que esperar al equipo de socorro, pero... ¿Y si no los encontraban? ¿Y si tardaban más de lo previsto y se les hacía de noche? ¿Cómo aguantarían las temperaturas bajo cero de la montaña, sin ningún sitio donde resguardarse?

«Deja de ponerte en lo peor, Gadea. Eso no ayuda en nada. Todo va a salir bien, todo va a salir bien», se repitió al tiempo que tomaba impulso y se incorporaba hasta quedar sentada. No notaba ningún otro dolor, lo cual era buena señal, pensó.

Luego, retrocedió despacio para recostar la espalda contra su pequeño montículo salvador y, desde ahí, observó a Rodrigo mientras hablaba, tan serio, tan concentrado. Menos mal que era él quien estaba allí y no otra persona. Por más que le molestara reconocerlo, confiaba en Miralles; estaba convencida de que sería capaz de remover Roma con Santiago con tal de sacarla de allí, aunque fuera cargándola a la espalda, como un troglodita.

«Eso, jamás. Anuska se reiría de mí el resto de mi vida», sonrió al imaginárselo.

—¿De qué te ríes? ¿Me he perdido algo?

Rodrigo había terminado de hablar y se acercaba a ella con expresión divertida.

—No, nada —respondió ella. Pero al ver que él no dejaba de mirarla intrigado, agregó—: Estaba pensando en una amiga que pagaría lo que fuera por verme en esta tesitura.

—Si quieres, te saco una foto y le hacemos chantaje. Vamos a medias —bromeó él, sacándose de nuevo el móvil del bolsillo.

—Reconozco que es una idea tentadora, pero...—Él la estaba enfocando con el maldito teléfono—. Ni se te ocurra, Miralles. —¡Ni caso! Pero ¿de qué va?, se dijo, asombrada—. Te lo digo en serio, Miralles.

—¡Di piisssss!

Eso sí que le hizo gracia, y antes de que pudiera evitarlo, oyó el sonido del obturador.

—Sabes que es delito compartir esa imagen sin mi consentimiento, ¿verdad? —le advirtió medio en broma medio en serio.

Lo vio toquetear la pantalla del móvil y quedarse unos segundos contemplando ¿su foto? con sonrisa... ¿embobada? Y con esa misma expresión, se agachó y se la mostró: lo cierto es que tenía un gesto simpático y había salido muy bien, a pesar de las circunstancias.

≡ ≡ ≡

Rodrigo le aseguró que se la enviaría y la borraría en cuanto llegaran a la estación, aunque no tenía ninguna intención de hacerlo. Le encantaba esa nueva Gadea de brillantes ojos verdes y sonrisa preciosa.

—¿Crees que tardarán mucho en llegar? —preguntó ella, con la cabeza recostada contra la nieve.

—Espero que no. Me han dicho que salían en cuanto colgara. Otra cosa es que nos encuentren rápido, porque había mala cobertura telefónica y no sé si habrán oído bien todas mis indicaciones.

Consultó su reloj de nuevo. Ya eran las cinco de la tarde, hora de cierre de la estación. Miró hacia lo alto de la montaña. Una densa masa de nubes cubría la cumbre y había comenzado a descender por la ladera. No eran buenas noticias. En breve empezaría a anochecer y la temperatura descendería rápidamente. Gadea no aguantaría mucho tiempo así.

—Me está entrando un sueño... —Ella cerró los ojos y cruzó los brazos alrededor del pecho, como si tuviera frío.

—Eh, cariño, no te duermas. Tienes que mantenerte despierta sea como sea.

—Tengo frío...

Sin pensárselo dos veces, él se quitó el abrigo y se lo puso a ella por encima, pese a sus protestas.

—¡No quiero tu abrigo! ¡Te vas a congelar y ¿qué haremos si tú te congelas?

—No pasa nada. Me moveré un poco, daré unos saltos, haré unas abdominales... no te preocupes por mí. La que estás herida eres tú.

Las seis de la tarde y no había aparecido nadie. Tenían la niebla ya muy cerca y se había levantado un viento helado que no presagiaba nada bueno. Si quedaban atrapados dentro de una ventisca, sería complicado que los encontraran. Y cuando quiso llamar de nuevo al puesto de socorro, se dio cuenta de que había perdido la cobertura.

Le preocupaba Gadea. A pesar de su abrigo, tiritaba sin parar y tenía la cara helada. Y cada vez le costaba más mantenerla despierta con su cháchara. Sin alejarse demasiado, buscó algún lugar alrededor en el que pudieran resguardarse en caso de que no aparecieran los de rescate. En un extremo de la ladera vio un saliente de rocas, bajo un pino de ramas frondosas. Eso les podría valer para aguantar, si hiciera falta. En el peor de los casos, podría arrastrar a Gadea hasta allí.

Mientras tanto, maniobró para sentarse a su espalda, rodeándola con sus piernas. Así, al menos, le transmitiría un poco más de calor.

—¿Estás bien? —le preguntó, abrazándola.

Gadea asintió. Echó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla contra su hombro y se giró para mirarlo.

—¿Me estás intentando meter mano? —susurró ella. Sus labios esbozaban una pequeña sonrisa cálida.

—¿Intentando? Creí que estaba claro. Y a dos manos, así... —La estrechó muy fuerte contra su cuerpo y le dio un beso en la sien.

—Me gusta —dijo Gadea, con un suspiro—. A pesar de todo, eres un buen tío, Miralles. No sé qué hubiera hecho sin ti y, al mismo tiempo, siento haberte metido en este lío.

—No digas tonterías. Dentro de poco estaremos en el bar del hotel riéndonos de la aventura.

Al cabo de un rato divisó a lo lejos unas luces amarillas entre la niebla.

—¡Han llegado! ¡Los he visto, Gadea! —Rodrigo se incorporó rápidamente y corrió hacia la luz moviendo los brazos y gritando—: ¡Aquí! ¡Estamos aquí!

Las dos motos de nieve llegaron hasta ellos muy despacio. Pero una vez que se detuvieron, una mujer y un hombre, médico y asistente sanitario respectivamente, se movieron con rapidez para atender a Gadea. Traían una bolsa con lo necesario para los primeros auxilios, varias mantas térmicas y agua. Con ayuda de Rodrigo, le inmovilizaron la pierna y la tumbaron en la camilla acoplada a la parte trasera de una de las motos.

—Ha tenido suerte. No tiene nada grave ni parece que tenga el tobillo roto, pero habrá que esperar a que le hagan una radiografía en el hospital —dijo la médico.

El asistente sanitario se acercó a ellos visiblemente nervioso y dijo:

—Tenemos encima la ventisca, hay que marcharse cuanto antes. He informado al puesto de socorro de que vamos a ir al refugio de montaña de La Vallenca para pasar allí la noche.

—¿No volvemos a la estación? —se extrañó Rodrigo.

—No, es demasiado arriesgado. La noche es muy cerrada y con la ventisca, podríamos desorientarnos.

—De acuerdo, llevadnos donde queráis, pero que sea lo más rápido posible.



El refugio los recibió con una buena chimenea encendida y un caldo bien calentito cuyo aroma lo impregnaba todo.

—Es nuestra especialidad montañesa. Os aseguro que un tazón de este caldo levanta a los muertos en noches como estas —les dijo Conchi, la mujer de mediana edad y aspecto juvenil que estaba al frente del establecimiento junto a su pareja. Además de ellos, las únicas personas alojadas esa noche en el refugio eran dos montañeros a los que también les había pillado por sorpresa la tormenta.

Lo primero que hicieron fue instalar a Gadea en una habitación amplia con dos camas y una litera, todas libres. Luego, mientras la médico y su ayudante se quedaron con ella para hacerle una nueva exploración y vendarle el tobillo malherido, Rodrigo se sentó en la larga mesa comunitaria del comedor donde Conchi le sirvió un tazón de puré y un huevo frito con patatas. Estaba hambriento y, de repente, se notaba muy cansado. Lo achacó a la tensión de las últimas horas y la preocupación por el estado de Gadea. Había sido un día demasiado intenso.

—¿Cómo estás? —le preguntó poco después, cuando fue a verla a la habitación. A pesar de los evidentes signos de cansancio, había recuperado el color del rostro, tenía los labios rosados de nuevo y parecía más espabilada que al llegar.

Ella lo recibió con una sonrisa acogedora.

—Mucho mejor. Me han dado un analgésico para el dolor y con un poco de suerte, esto — se señaló el pie vendado que descansaba sobre la manta, encima de un cojín— se quedará solo en un pequeño susto.

—Ahora tienes que descansar, lo necesitas. Debes de estar agotada.

—Tú te vas a quedar en esta habitación conmigo, ¿verdad? —Por la forma en que lo dijo, a Rodrigo le sonó casi a súplica.

—Si tú quieres, me quedo —dijo. Se sentó a su lado después de arroparla con la manta de lana.

—Sí, por favor. No quiero dormir sola esta noche.

—Me acostaré en la otra cama, por si necesitas algo.

—No sé cómo voy a poder agradecerte lo que has hecho hoy por mí, Rodrigo.

—No tienes que agradecerme nada. Lo hubiera hecho igual por cualquiera. —Y era cierto, pero por ella habría hecho lo que fuera con tal de sacarla de allí—. Claro que... si me dejas echar un vistazo a tu cartera de clientes... —bromeó, por aligerar un poco el ambiente.

Ella soltó una pequeña carcajada.

—¿Eso es lo único que te interesa, Miralles? —Rodrigo creyó detectar un cierto tono de amargura en esa pregunta.

—Sabes muy bien que no.

—Yo no sé nada —replicó ella, mirándolo fijamente con esos ojos felinos que tanto lo

atraían.

Él se inclinó hacia ella y besó sus labios con suavidad, apenas un roce. No quería meter la pata; no ahora. Podía retirarse. Podía esperar. Pero antes de que se apartara, ella le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo de nuevo hacia su boca para devolverle el beso con los labios entreabiertos y la respiración anhelante. Fue un beso húmedo, apasionado y profundo, en el que Rodrigo creyó perderse para siempre. Se tumbó a su lado con cuidado y deslizó la mano bajo la manta hasta alcanzar la curva de su cintura. De ahí, las yemas de sus dedos ascendieron en una larga caricia hasta los pechos llenos y turgentes, que pellizcó suavemente. Ella gimió de placer y él jadeó de deseo. De alguna manera, lo sabía. Sabía que esa mujer sería capaz de hacerle perder la cabeza. Sabía que si alguna vez se besaban, sería así, intenso, ardiente, perfecto. Sabía que estaba totalmente enamorado de Gadea Figueroa.

≡ ≡ ≡

—Gadea, podemos parar cuando me digas. No quiero que mañana te arrepientas de esto... —le susurró él al oído con la respiración entrecortada.

Gadea sonrió, enternecida.

—¿Por qué crees que me voy a arrepentir? —le preguntó en voz baja, sin dejar de acariciar sus manos—. ¿Tú te vas a arrepentir?

—¿Bromeas? Gadea, llevo deseando besarte desde aquella noche en el After curro, cuando te pillé a punto de sonsacarle información a un pobre chico inocente que tenías babeando en tu mano.

Esa confesión la pilló por sorpresa. ¿Desde aquella noche?

—Y entonces, ¿por qué te empeñas en ser desagradable conmigo?

—¿Yo? ¡Pero si eres tú la que no me soporta! Cada vez que me acerco a ti, me echas un bufido.

Ella se rio, divertida.

—Es cierto, a veces puedo ser un poco borde. Pero si te sirve de consuelo, soy así con la mayoría de los colegas.

—Yo no quiero ser como la mayoría de tus colegas, Gadea —dijo él, repentinamente serio.

—Y no lo eres. Estás aquí, tumbado en mi cama. Me has metido mano, nos estamos besando y... te aseguro que eso no lo he hecho con ninguno de mis colegas hasta ahora.

—¿Y qué pasará mañana? ¿Volverás a ser la consultora fría y competitiva que me ignora?

Ella se giró para mirarlo, dubitativa. Después de pensárselo un instante, dijo:

—Vamos a ver quién de los dos besa mejor, Miralles. El que gane, decide cómo, cuándo y dónde será nuestra próxima cita.

## CAPÍTULO 10

La boca de Rodrigo era... ¡ummm! maravillosa: jugosa, carnosa... excitante como su lengua, sus manos, su cuerpo... su... Todo él era electrizante, provocador.

Gadea se sentía burbujeante debajo de él, como si en vez de un vaso de agua se hubiera tomado con el calmante una botella entera de champán. Jadeó cuando él le bajó la cremallera de la camiseta térmica y deslizó la lengua por su cuello camino de sus pechos. Notó cómo los pezones se le ponían duros y las burbujas la inundaban por dentro. Quería tocar a Rodrigo. Necesitaba tocar su piel, sentirlo sobre ella. Intentó quitarle el polar que todavía llevaba puesto. Rabió de impotencia al no conseguirlo. El ligero gruñido desconcentró a Rodrigo y lo devolvió a la realidad. Se alejó de ella y caminó hacia la ventana.

—Deberíamos dejar la competición para otro momento.

Pero Gadea no quería despertar de aquel ensueño.

—¿Competición, qué competición?

—Besos. Nos estábamos besando para ver quién...

—Sé perfectamente lo que habíamos dicho o ¿piensas que lo del tobillo me ha afectado a la cabeza? —contestó, molesta, mientras intentaba mullir la almohada sin conseguirlo demasiado bien.

—Creo que vamos a arrepentirnos si seguimos adelante con esto. —Ella apretó los labios. —¿No dices nada?

—¿Y qué esperas que diga? Se me pone a tiro un tío bueno, me suelto la melena y él me rechaza, alegando no sé qué mierda de remordimientos. Si querías humillarme, Miralles, lo has conseguido. Anótate el tanto. Has ganado el set. Y ahora, si no tienes otra cosa que hacer o que decir, lárgate de mi habitación. Me gustaría estar a solas con mi humillación.

Pero él, en vez de hacerle caso, se tiró en la cama de al lado.

—Me habías pedido que durmiera esta noche contigo y es lo que voy a hacer.

Ella le echó una mirada que hubiera fulminado a cualquiera, sin embargo, Rodrigo hacía tiempo que se había construido una buena coraza contra el atractivo de Gadea. Él le sostuvo la mirada unos segundos, hasta que ella apartó los ojos.

—¡Imbécil! —bufó y le dio la espalda.

Rodrigo solo pudo controlar su risa unos segundos.

—¿Qué sucede ahora? Te parece divertido que te insulte, ¿no? Pues espera a que estemos en una sala de reuniones y saques esas presentaciones de colorines con las que encandilas a los jefes... te voy a poner de hortera para arriba. —Gadea se calló un momento, pero al ver que Rodrigo seguía partiéndose de risa, exclamó: —¿Quieres hacer el favor de callarte?!

Él respiró hondo para serenarse un poco. El movimiento que hizo con las aletas de la nariz le pareció a Gadea de lo más sexy. Darse cuenta de las ganas que tenía de acostarse con aquel hombre solo sirvió para enfadarse todavía más: con él y con ella misma. ¿Por qué le salían todas las cosas mal últimamente?

—Vale —aceptó Rodrigo mientras se levantaba de la cama.

Gadea lo acababa de echar de la habitación y, sin embargo, le dolió saber que le hacía caso y no lo discutía. De repente le escocieron los ojos. Pugnó por evitar que las lágrimas aparecieran. Cuando intuyó que estaba a punto de perder, se volvió de cara a la pared y le dio la espalda. Se limpió con disimulo, mientras esperaba a quedarse sola para dejarlas correr.

—Déjame sitio, anda —murmuró él junto a su oído.

Gadea volvió la cabeza y Rodrigo aprovechó para robarle un beso.

—¿No te vas?

Él le limpió una lágrima rebelde con delicadeza.

—Ya ves que no —respondió mientras se colaba de nuevo en su cama.

Gadea intentó moverse y un latigazo de dolor le recorrió la pierna derecha desde el tobillo.

—Será mejor que te tomes otro calmante —señaló un blister de pastillas sobre la mesilla

—. El que te han dado antes ya debe de estar dejando de hacerte efecto —decidió él ante su mueca de dolor.

—No, no, no —insistió ella.

Echó a un lado manta y sábanas en una clara invitación.

—¿De verdad?

Ella asintió al tiempo que palmeaba sobre el colchón.

—Prefiero esperar un rato más antes de tomarme el siguiente. Los calmantes me atontan, no me gusta tomarlos.

—Siempre controlando la situación, ¿eh? —bromeó él.

Ella esbozó una sonrisa sincera, sin embargo, se limitó a ratificarle la invitación. Rodrigo la aceptó de buena gana; se metió dentro de la cama y acomodó la cabeza de Gadea en su hombro.

—¿Estás bien?

—No podía estar mejor.

Rodrigo se rio de nuevo.

—¡Mentirosa!

A Gadea se le contagió la diversión.

—La verdad es que estoy hecha polvo, pero no cambiaría el día de hoy por ningún otro —confesó—. Ha sido estupendo. Hacía muchísimo que no lo pasaba tan bien.

—Hasta que te has fastidiado el pie.

—Pero tú estabas ahí para salvarme.

Él se incorporó un poco para poder mirarla a los ojos.

—¿Está Gadea Figueroa intentando subirme la autoestima?

—¿Lo necesitas?

Se puso serio de repente.

—Lo que necesito es besarte de nuevo, joder —reconoció con esa voz profunda que a Gadea la derretía por dentro.

—Y yo que lo hagas —reconoció muy bajito.

Rodrigo no necesitó más: ni más tiempo ni más ganas. La besó como nunca había hecho antes con una mujer. Se la comió a besos. Le devoró la boca, hundió su lengua en ella, le mordió



los labios. Dibujó el borde de su cara, de su cuello. Acarició su pulso acelerado, el nacimiento de su pelo. Bebió la humedad de su boca, respiró con ella y para ella. La besó, la besó y la besó.

Perdió el control e intentó ponerla sobre él. Gadea no consiguió disimular un respingo de dolor.

—Creo que tendremos que posponer la velada —musitó él con la voz entrecortada por el deseo.

—No, no, no me duele. Sigue, sigue, sigue... —Ella se movió un poco en un intento de que Rodrigo volviera a ella—. ¡Ay! —gimió.

Él se tumbó de nuevo y la obligó con delicadeza a que ella retomara la postura inicial. Gadea se dejó mimar.

—Será mejor que durmamos —insistió Rodrigo.

Y sin embargo, ninguno consiguió coger el sueño. Permanecieron despiertos, acariciándose despacio, rozándose apenas con las yemas de los dedos. Rodrigo delineó el perfil de su mejilla una y mil veces y Gadea recorrió el pecho de Rodrigo otras mil veces más. En silencio, sin escuchar más sonido que los de sus respiraciones acompasadas.

En algún momento, Rodrigo la obligó a tomarse el calmante que había rechazado antes y, un rato después, vencida ya por las emociones, Gadea se durmió sin apenas darse cuenta.

≡ ≡ ≡

Cuando despertó ya era de día. Rodrigo no estaba con ella. Apartó la ropa de la cama e intentó levantarse.

—¡Joder! —aulló de dolor.

Un segundo después lo tenía dentro de la habitación.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le preguntó, alterado.

—No me acordaba de que estaba herida.

La ayudó a mantenerse sobre una sola pierna.

—No puedes apoyar el pie en unos días, al menos diez. Vuelve a la cama.

—Estoy muerta de hambre. Llévame a desayunar.

—No. Te acuestas de nuevo y te traigo aquí el café y las galletas.

—¿No es bacon eso a lo que huele? Ayúdame a calzarme y a llegar al comedor, que pienso comerme un par de huevos.

—Eres una cabezota.

—Una cabezota con muchísima hambre.

Cinco minutos después, Gadea devoraba el mejor desayuno de su vida. Estaban solos en el comedor.

—¿Seguimos bloqueados?

—No por mucho tiempo. La borrasca ya ha remitido. Los dos montañeros de anoche se han ido aprovechando la mejoría del tiempo. La médico y el asistente acaban de marcharse también. En menos de una hora nos mandarán un coche para llevarnos al hotel. Les he prometido que mañana sin falta te ve un traumatólogo.

La hora de espera se convirtió en dos, pero a Gadea no le importó. Se quedaron en el comedor charlando de todo un poco. De vez en cuando, la pareja que se encargaba del refugio pasaba por allí y se quedaba un rato con ellos, contándoles lo tranquilo que era aquello en invierno y lo ajetreado en verano y explicándoles cómo sonaban los truenos en primavera y la cantidad de estrellas fugaces que cruzaban el cielo en las noches de agosto.

—¿Y no os aburrís? —se interesó Gadea cuando Conchi les dijo que todos los años se quedaban bloqueados alguna semana durante los meses de enero y febrero.

—Aprovechamos para ser novios de nuevo —le guiñó el ojo ella antes de levantarse a mirar por la ventana—. Suena un vehículo. Se acabó la aventura.

En efecto, el cuatro por cuatro rojo que aparcó delante del refugio era su transporte.

Gadea se despidió de Conchi con un fuerte abrazo. Apenas habían pasado un par de horas juntas, pero se emocionó cuando llegó el momento de decirle adiós.

Rodrigo no dejó que saliera cojeando y, antes de que se diera, la había cogido en brazos.

—¿Qué estás haciendo?

—Relájate, que aquí no hay nadie que pueda verte. Tu reputación de chica dura quedará a salvo.

Ella echó la cabeza atrás y rio. El gesto desestabilizó a Rodrigo, Gadea se aferró a su cazadora para no caerse.

—Y por lo que veo, tu reputación de milindris también quedará a salvo.

Rodrigo la sentó en el asiento trasero del coche.

—Prometo mantener el secreto si tú también lo haces.

Gadea levantó la mano en un gesto formal.

—Lo prometo.

Rodrigo la imitó.

—Lo prometo —repitió.

Sellaron la paz con un beso.

A Gadea le hubiera gustado que Rodrigo se hubiera acomodado junto a ella y hubieran pasado los últimos minutos, antes de regresar al mundo real, cogidos de la mano. Sin embargo, se sentó en el asiento del copiloto para dar conversación a su rescatador.

Cuando los edificios de la estación aparecieron delante de ellos, Gadea deseó con todas sus fuerzas que el conductor diera media vuelta y los llevara de regreso al refugio. Pero sabía que aquella cabaña donde habían pasado la noche no había sido más que un sueño. Rodrigo y ella vivían en el mundo real. Y la realidad era incompatible con los sueños.

Cuando el coche se detuvo ante su hotel, comenzaron a aparecer algunos de sus compañeros. María y Jaime fueron los primeros en salir.

Rodrigo abrió la puerta trasera del coche.

—¿Qué va a pasar ahora? —le preguntó ella, verbalizando el silencioso temor que le asaltaba desde que habían salido de la cabaña.

—¿Te refieres a nosotros?

Ella asintió. Rodrigo le cogió las manos.

—Va a estar todo bien. Ya lo verás. No te preocupes por eso ahora.

Pero sus ojos también habían perdido el brillo de la noche pasada.

Por el rabillo del ojo vio a María acercándose hacia el vehículo.

—Tengo que salir. Iré andando —lo rechazó cuando él intentó sacarla en volandas de nuevo.

—Pero si no puedes.

—Puedo —insistió ella—. Pásame esa muleta.

Asentó bien la pierna buena en el suelo, apoyó con fuerza la muleta y se levantó. Se despidió del conductor con una sonrisa amable y comenzó a caminar con la sensación de que la felicidad acababa de escurrírsele entre los dedos. Rodrigo y ella eran competidores. Su trabajo consistía en arrebatarse los clientes, en robarle al otro negocios millonarios. No había amor que superara esas diferencias.

## CAPÍTULO 11

La llegada a Madrid fue de lo más deprimente. Gadea aún no se apañaba bien con las muletas y eso de andar a saltitos, como un palomo cojo, estaba segura de que no le añadía nada a su glamur. Para colmo, María y Jaime la habían tomado bajo su protección en cuanto se enteraron del percance y no dejaban que nadie más que ellos le echara una mano. De hecho, cuando Rodrigo se acercó para ayudarla a subir al tren, Jaime se había apresurado a ponerse a su lado, como un padre posesivo, y a decir que «no era necesario que se molestase, muchas gracias», antes de que él y María la sujetaran cada uno por un brazo y la llevaran casi en volandas hasta su asiento. Apenas le había dado tiempo a intercambiar una mirada de socorro con Rodrigo.

«¿Por qué habla Jaime por mí?», se lamentó Gadea en silencio. Por supuesto que era necesario que se molestase; era a Rodrigo al que le gustaría tener enfrente y no a esos dos plastas, que no apartaban de ella sus miradas vigilantes y bonachonas. Al instante, Gadea se sintió muy mal consigo misma; al fin y al cabo, era de agradecer que alguien se preocupara por ella. Así que, haciendo un esfuerzo sobrehumano, contestó por décima vez con un «estoy bien, gracias» y una débil sonrisa en los labios a la décima pregunta de María y por cuarta vez con un «no tengo hambre, de verdad» al cuarto ofrecimiento de Jaime para ir a buscarle un bocata al vagón restaurante. Así que, para que la dejaran en paz de una vez, cerró los ojos y se hizo la dormida el resto del trayecto.



Sus padres la esperaban en la estación y la llevaron directamente al hospital. Cuando les había llamado para contarles el accidente, su madre había insistido en que necesitaría ayuda mientras estuviera de baja y, aunque lo había intentado por todos los medios, había sido incapaz de resistirse a la feroz insistencia de su progenitora. Ya sin energías, se resignó a lo que prometía convertirse en el periodo más deprimente de su vida y, finalmente, aceptó quedarse los diez días que había decretado el traumatólogo en casa de sus padres.

Llevaba todo el día en el sofá del salón, con el tobillo en alto, zapeando con desinterés o consultando cosas en el móvil y solo de pensar que le quedaban otros nueve idénticos a ese, a Gadea se le abrían las carnes. Ninguna de sus amigas estaba en Madrid, así que cuando oyó el sonido del timbre no prestó demasiada atención. Lo último que esperaba era ver aparecer a Rodrigo en el diminuto salón de la casa de sus padres con un gigantesco ramo de flores en la mano.

—¡Hija, tienes visita!

Su madre apenas podía disimular el éxtasis que la embargaba, y Gadea rogó a los cielos que Rodrigo no se diera cuenta de hasta qué punto su madre la consideraba un caso desesperado.

Con la excusa de poner las flores en agua y una última mirada conspiratoria, la mujer los dejó a solas para ir a buscar un jarrón.

—¡Rodrigo, qué sorpresa! —Tratando de hablar con una calma que no sentía, aceptó el ramo que él le tendía y hundió la nariz en las flores—. ¡Es precioso, muchas gracias!

—De nada. —Su visita se inclinó sobre ella y le dio un beso en los labios, ligero y ardiente a la vez, que la dejó todavía más aturdida.

—¿Qué haces aquí? —susurró Gadea para que su madre no la oyera.

—Quería verte. Apenas he podido concentrarme en el trabajo, llevo todo el día pensando en ti. —Rodrigo se dejó caer a su lado en el sofá como si nada y fijó los ojos en la televisión, algo que Gadea agradeció porque le daba unos segundos para recuperarse de su confusión—.

¿Reformas del infierno? A mí también me encantan estos programas.

En ese momento, volvió su madre con el jarrón de cristal lleno de agua. Rodrigo se levantó en el acto para ayudarla, y entre los dos decidieron que el pequeño aparador que ocupaba una de las paredes sería el mejor sitio para colocarlo. Gadea frunció el ceño y, con disimulo, le hizo unas señas a su madre, pero fue inútil; la pobre no podía disimular la felicidad que le producía que un hombre tan atractivo como Rodrigo Miralles le hubiera traído flores a su hija solterona.

Por fin, los dejó solos y Gadea fijó a su vez los ojos en la televisión sin saber qué decir.

—Y tú, ¿me has echado de menos?

Gadea se giró, sobresaltada, y se sorprendió al ver los increíbles ojos azules tan cerca de los suyos.

—Yo... yo...

En ese momento, la boca masculina esbozó una sonrisa llena de ternura y Gadea, incapaz de disimular ni un segundo más, le echó los brazos al cuello y lo besó con una pasión que no recordaba haber sentido en sus anteriores relaciones.

No supo cuánto tiempo estuvieron besándose, pero solo volvió a la realidad, cuando Rodrigo se apartó con suavidad.

—Ya veo que sí.

Gadea le sonrió a su vez y con las manos entrelazadas, esas mismas manos de dedos largos y finos con las que había fantaseado tantas veces, siguieron viendo la tele y comentando el programa, sin dejar de reír ante los despropósitos de la cuadrilla dedicada a la reforma y los sufrimientos del dueño de la casa. De vez en cuando, como si no pudieran contenerse, se besaban de nuevo y cuando Rodrigo se marchó por fin, después de que su madre le hubiera poco menos que obligado a quedarse a cenar, Gadea se sentía como si flotara en una nube.

≡ ≡ ≡

El resto del periodo de baja transcurrió de forma muy parecida. Rodrigo se pasaba a verla todos los días después del trabajo y eso que, como Gadea sabía bien, lo normal era que se hubiera quedado en su despacho hasta mucho más tarde. Charlaban, reían y se besaban como dos adolescentes que empiezan a conocerse, y Gadea no podía recordar haberse sentido nunca tan feliz.

Su madre también estaba encantada con aquel estado de cosas y cada día se esmeraba con un plato distinto para la cena, que su invitado agradecía con una educación cargada de simpatía que la tenía loca.

«Hoy es mi último día de baja», se recordó Gadea.

Ya tenía lista la maleta; al día siguiente volvía al trabajo, y Rodrigo había quedado en que la llevaría a su apartamento después de cenar. Gadea lanzó un hondo suspiro; por una parte, estaba

impaciente por volver a la pelea diaria, pero por otra...

En ese momento, como haciéndose eco de sus pensamientos, sonó el móvil y al mirar la pantalla vio que era su jefe.

—Menos mal que vienes ya mañana —gruñó a modo de saludo.

—¿Mucho lío? —preguntó Gadea cortés, aunque no estaba demasiado interesada por la respuesta. Tenía la cabeza en otra parte; mañana sería otro día y ya se concentraría en el trabajo, se dijo, pero todavía quedaba esa noche y no le apetecía pensar en nada que no fuera Rodrigo.

—¿Lío dices? Tenemos un follón de pelotas.

—Ah.

—En dos días, presentación: Donnell & Merci, uno de los grandes.

Gadea se quedó rígida.

—¿Contra quién competimos? —preguntó, aunque ya lo sabía.

—¿Tu qué crees? Contra AMCY. Ya sabes, el capullo de Rodrigo Miralles, tu bestia negra. Esta vez espero que te lo comas con patatas, por eso te he llamado.

Gadea trató de sobreponerse a la sensación de desmayo que acababa de invadirla.

—Rodrigo Miralles... —dijo solamente.

—Quiero que no pienses en otra cosa, que sueñes con ello y que mañana vengas con un par de ideas de las buenas. ¿Entendido?

—Entendido. —Gadea no pudo ocultar su desánimo.

—Nos vemos mañana.

Antes de que a Gadea le diera tiempo a decir nada más, su jefe colgó.

≡ ≡ ≡

En cuanto Rodrigo entró en el salón, notó que algo había cambiado. Gadea no se apresuró a acercarse apoyada en la única muleta que aún tenía que usar ni lo recibió con una de sus increíbles sonrisas.

—¿Qué pasa? ¿Te duele? —Preocupado se acercó al sillón y la cogió de la mano, pero ella se desasió al instante.

—Estoy perfectamente.

Fastidiado por esa frialdad que le recordaba demasiado a la Gadea Figueroa del pasado, Rodrigo tomó asiento a su lado, la sujetó de la barbilla y con suavidad la obligó a mirarlo a los ojos.

—¿Qué pasa, Gadea?

Ella se encogió de hombros.

—Acabo de hablar con mi jefe.

—¿Y?

—Me ha dicho lo del proyecto de Donnell & Merci. Estaba claro que la tregua no podía durar, a partir de mañana volvemos a ser rivales.

El la miró enfadado.

—¿Es eso lo que quieres?

Gadea volvió a encogerse de hombros, pero aunque intentaba fingir indiferencia, algo en los ojos verdes le decía que estaba tan dolida como él.

—Ni lo quiero ni lo dejo de querer, es lo que hay.

—¿Estás segura? Precisamente mañana iba a hablar con mi jefe para que me pasara a otro proyecto.

—¿Pasarte a otro proyecto? ¿Estás loco? Donnell & Merci es lo mejor que le puede pasar a un consultor.

Rodrigo la soltó, se puso en pie y empezó a andar arriba y abajo de la habitación mientras se pasaba los dedos por los cabellos castaños, una y otra vez, con un gesto nervioso.

—No quiero competir contigo, Gadea. No quiero que volvamos a ser enemigos, rivales o como quieras llamarlo —dijo con dureza.

Notó que los ojos verdes se llenaban de lágrimas.

—Yo tampoco quiero competir contigo, Rodrigo, pero en los últimos años Reason Consultory ha sido mi vida y no me veo capaz de tirar por la borda tanto tiempo y esfuerzo.

Rodrigo se arrodilló frente a ella y le cogió ambas manos.

—No tienes por qué renunciar.

Ella sacudió la cabeza con desesperación.

—Sabes muy bien que si mañana le pido a mi jefe que me aparte del proyecto, lo siguiente será ir al despacho a recoger mis cosas y abandonar la empresa para siempre. Y luego, ¿qué? ¿No sé hacer otra cosa! —añadió asustada.

Rodrigo soltó una palabrota; tenía ganas de gritar, pero se contuvo. Notó que apretaba con demasiada fuerza las manos de Gadea y aflojó un poco la presión.

—Espera, no te pongas nerviosa, pensemos.

Bajó la cabeza unos segundos, como si quisiera concentrarse mejor, y al cabo de un rato volvió a alzar los ojos hacia ella.

—¿Quiénes son, hoy por hoy, los mejores equipos de consultoría de Madrid? —preguntó de repente.

—El tuyo y el mío —contestó Gadea sin dudar.

—Correcto. —Ahora Rodrigo lucía una de esas brillantes sonrisas que parecían desafiar al peligro—. Y ¿por qué nuestros equipos son los mejores?

Ella empezaba a darse cuenta de a dónde quería ir a parar.

—Porque tú y yo somos brillantes y no nos importa trabajar veintiocho de las veinticuatro horas que tiene el día.

—Correcto otra vez.

—¿De verdad estás pensando lo que creo que estás pensando?

Se miraron a los ojos que, de pronto, también sonreían.

—Creo que sí. ¿Te arriesgarías?

—¿A empezar de cero a tu lado?

—A empezar juntos de cero y llegar a lo más alto.

—Pero ¿y si...? —Rodrigo puso un dedo sobre los labios femeninos y la hizo callar.

—Nosotros dos. Juntos. Para siempre.

La sombra de temor desapareció en el acto de los ojos verdes y fue sustituida por la expresión retadora que Rodrigo tanto amaba.

—Nosotros dos. Juntos. Para siempre.

—Entonces, ¿trato hecho?

—Trato hecho.

Y como si ninguno pudiera aguantar un segundo más, sus bocas se juntaron y ambos se abrazaron con todas sus fuerzas.

—Ejem, ejem.. —El discreto carraspeo de la madre de Gadea los devolvió a la realidad —. Te quedas a cenar, Rodrigo, ¿verdad? He hecho croquetas.

El aludido miró con ternura el rostro sonrojado de Gadea.

—No me perdería esas croquetas por nada del mundo.

Gadea sonrió y, en cuanto su madre se marchó de nuevo en dirección a la cocina, le susurró al oído en un tono ronco y provocativo:

—Y, más tarde, cuando me lleves a casa tomaremos... el postre.

Intercambiaron una mirada cargada de deseo y se besaron una vez más.

## EPÍLOGO

Gadea consultó por enésima vez su móvil. Las ocho de la noche y sin noticias de Rodrigo. Su reunión con el jefe de Mitrax tenía que haber terminado hace ya un buen rato y había quedado en llamarla con lo que fuera nada más salir de la sede de la multinacional. No era buena señal que no diera señales de vida; era incapaz de aguantarse un éxito en el cuerpo para sí solo. En cuanto conseguía algo bueno, por insignificante que fuera, no tardaba ni un segundo en compartirlo con ella entusiasmado, como si fuera un gran logro, una señal inequívoca de que esa aventura en la que se habían embarcado los dos hacía casi un año, no había sido un error; tenía sentido.

Aunque Gadea no siempre lo tenía tan claro. Los primeros meses después de dejar sus respectivos trabajos fueron muy emocionantes, sí: se pasaban el día entre documentos y hojas de cálculo elaborando estrategias, planes, debatiendo mil opciones con la intensidad de los profesionales sólidos y minuciosos que eran. Al final de la jornada, cerraban los portátiles y las discusiones de trabajo para ir a cenar juntos a la luz de las velas entre besos y arrumacos, antes de decidir si dormían en su casa o en la de Rodrigo.

—¿No acabáis hartos el uno del otro al cabo del día, Gadea? —le preguntó Alex una noche en que quedaron las amigas—. Si tuviera que trabajar codo con codo con mi novio, no sé si lo aguantaría. Aunque mira Claudia y Darío, allí están en su hotelito, y tan felices.

No, no se cansaba de Rodrigo. Como profesional, le resultaba estimulante y divertido trabajar con alguien tan competitivo como ella. Y en lo personal, Rodrigo era... en fin, jamás se hubiera imaginado que detrás del consultor Rodrigo Miralles había un hombre apasionado, detallista, tierno.

Ilusionados, eligieron y decoraron juntos la pequeña oficina en la que se instalaron como Figueroa & Miralles Consultoría —conste que el orden de los apellidos lo echaron a suertes—, pusieron en común sus contactos y elaboraron un exhaustivo plan comercial dirigido a clientes potenciales a los que visitaron juntos, seguros de que la oferta de servicios de los dos mejores consultores de la ciudad unidos sería suficiente para conseguir proyectos. Pero claro, no fue tan fácil como esperaban. De entrada, los clientes se mostraron encantados con la idea de trabajar con ellos, pero luego no volvieron a saber nada de la mayoría de esos contactos. Poco después se enteraron de que sus antiguas firmas de consultoría habían hecho una contraofensiva comercial para evitar que se llevasen a sus clientes. Entonces vinieron los meses más duros: los de los teléfonos silenciosos, los emails sin respuesta, las propuestas rechazadas sin mayor explicación. Ni todo el amor del mundo concentrado en una pareja sería capaz de soportar una tensión como la que vivieron durante esos dos meses Rodrigo y ella. Y debía de reconocer que la que peor lo llevó fue ella. Se volvió irascible, taciturna.

—Esto forma parte del proceso de reajuste, Gadea —le dijo una tarde Rodrigo, después de que ella se quejara de la inactividad—; son los altibajos normales al arrancar un nuevo proyecto: del hiperentusiasmo inicial caes en el pozo oscuro de la negatividad para luego, escalón a escalón, ascender a la normalidad del mundo real.

—Déjate de metáforas, Rodrigo. Para ti es fácil porque a fin de cuentas, si esto saliera mal y tuvieras que volver, te recibirán con los brazos abiertos porque «le echaste huevos» —dijo con más amargura que ironía—. Pero ¿y yo? ¿Crees que me van a perdonar a mí, Gadea Figueroa, haber osado montar mi propia empresa como si fuera mejor que ellos?

Rodrigo soltó una carcajada y la abrazó muy fuerte por detrás, balanceándose con ella



despacio.

—Nadie te tendrá que perdonar nada, porque ni tú ni yo vamos a dejar que eso ocurra. — Él la giró hasta que estuvieron frente a frente y, mirándola a los ojos, le dijo—: Confía en mí, Gadea. Todo va a salir bien, ya verás.

Si algo admiraba en Rodrigo más que su inteligencia era esa calma que transmitía en los momentos de mayor tensión, cuando a ella la asaltaban las mil y una dudas.

—¿Y si nunca jamás nos vuelve a llamar nadie? ¿Y si se olvidan de nosotros? ¿Y si nos borran del mapa, como si fuéramos unos apestados?

Por suerte, Rodrigo tenía razón: en cuanto se hubo pasado la alarma inicial provocada por su marcha y los equipos se remodelaron, comenzaron a llamar no solo algunos de sus antiguos clientes, sino también otros nuevos, interesados en trabajar con ellos. Entre esas nuevas empresas se hallaba Mitrax, una multinacional del sector textil que facturaba cifras astronómicas, y que les había pedido una propuesta para gestionar mejor el sobrante de ropa de cada temporada.

—¿Te das cuenta de lo que eso significa, Rodrigo? ¡Que hemos vuelto al campo de juego! —exclamó ella exultante cuando le contó que había recibido la llamada del director general de la multinacional.

—¿Acaso lo dudabas, amor? —respondió él, riéndose—. Mujer de poca fe...

Se encerraron en la oficina durante dos semanas para trabajar a destajo. A Gadea le encantaba mirarlo sentado a su lado, con el pelo revuelto y la camisa remangada, absorto en alguna idea a la que le daba vueltas mientras se pellizcaba el labio inferior. Le daban ganas de acercarse, sentarse a horcajadas sobre sus piernas, morderle la boca y meterle la mano dentro de la bragueta hasta hacerle olvidar tanto número, gráfico y proyección. Sí, lo confesaba: tenía fantasías sexuales con su socio. No siempre resultaba tan fácil trabajar junto al hombre del que estaba enamorada, a pesar de todo. En cualquier caso, durante esas dos semanas los dos habían puesto lo mejor de sí mismos para elaborar una propuesta creativa e innovadora, de la cual, Gadea se sentía especialmente satisfecha. Era una propuesta ganadora, aunque Mitrax no lo valorara así.

Ya había anochecido. Gadea se acercó a la ventana y contempló las lucecitas encendidas en el edificio de viviendas que tenían enfrente. Era hora de marcharse a casa. ¿Dónde estás, Rodrigo?

Si consiguieran ese proyecto, significaría..., joder, supondría tanto para ellos... Para empezar, una buena cantidad de dinero; y un enorme espaldarazo a su pequeña consultoría; y podrían contratar a tres empleados más, dos de ellos para desarrollar el proyecto y alguien más para las nuevas propuestas, que llegarían sin duda a partir de entonces; y, sobre todo, podrían respirar tranquilos, al menos, durante un tiempo.

Oyó abrirse la puerta de la oficina. El tintineo de unas llaves. Un portazo. El ruido de sus pasos en el recibidor. Y después, silencio.

—¿Rodrigo? —le llamó con un hilillo de voz. Temía la enorme decepción que supondría para ambos el fracaso de Mitrax.

Él no respondió. De hecho, parecía como si se hubiera metido en su despacho. La evitaba, era eso. Estaba tan afectado por el fracaso, que la evitaba. Mierda.

«De acuerdo, tranquilidad. No pasa nada. Si ahora es él quien se hunde, tú tienes que venirte arriba y remar por los dos, Gadea. Ya habrá otras oportunidades con Mitrax, eso seguro. Lo raro habría sido que nos lo hubieran dado a nosotros, una pequeña firma de consultoría recién creada, por mucho que nos conozcan en el sector. Ahora, respira, sonríe y pa'lante».

Cerró los ojos, aspiró y expiró profundamente tres veces y cuando abrió los párpados,

tenía a Rodrigo delante, observándola con una expresión de felicidad absoluta. Sin decir palabra, se sentó en un lado de su mesa con una botella de cava y dos copas en una mano y un ramo de rosas en la otra.

—Pero ¿qué...?

—Lo hemos logrado, amor —dijo al fin, con una sonrisa deslumbrante. Colocó las flores en un jarrón de cristal que había sobre un estante y comenzó a descorchar la botella—. El proyecto de Mitrax es nuestro.

—¿En serio? Pensé que... —titubeó ella mientras se acercaba a oler las flores. De pronto, se detuvo y clavó en él una mirada acusadora—. ¿Se puede saber dónde te habías metido? ¿Por qué no me has llamado antes?

El corcho salió disparado hacia el techo y el cava brotó de la botella como una serpentina blanca. Rodrigo sirvió las copas de cristal con una sonrisa entre los labios y le tendió una de ellas a Gadea.

—Por nosotros, Figueroa & Miralles Consultores —brindó él.

—No te vayas por la tangente. ¿Qué has hecho todo este tiempo?

—Y por la mujer más valiente, lista y maravillosa que he conocido —Rodrigo intentó chocar su copa con la de Gadea, sin éxito. Ella lo esquivó.

—No pienso brindar contigo si no me respondes —insistió, cabezota.

Él posó su copa despacio sobre la mesa y, agarrándola de la mano, la atrajo hacia sí.

—Tenía una cosa importante que hacer en el centro de la ciudad y prefería darte la noticia en persona —respondió rodeándola con sus brazos.

—¿Qué puede haber más importante que ganar el proyecto de Mitrax y venir a corriendo a contárselo a tu socia y colega?

—Bueno...ejem... —carraspeó, nervioso—. Digamos que recoger el anillo con el que quiero pedir a mi socia que se case conmigo, por ejemplo —Rodrigo abrió ante sus ojos una cajita cuadrada con un precioso anillo con un diamante en su interior.

Ella enmudeció de golpe. Miró el anillo y luego lo miró a él fijamente.

—¿Cómo has dicho?

Él esbozó una sonrisa dubitativa, como si de pronto estuviera pisando terreno pantanoso y desconocido.

—¿Quieres casarte conmigo, socia? Hacemos un gran equipo y... te quiero, Gadea. Te quiero desde aquella noche en la fiesta de Uxón en que me dijiste que no me tragabas.

—¿Qué no te tragaba? No recuerdo haber dicho eso...

—Humm... Lo dijiste, pero no importa. Lo pasado, pasado está. Lo que de veras importa ahora es: ¿qué me dices?

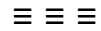
Gadea le rodeó el cuello con los brazos y clavó sus ojos de gata en los de Rodrigo para responder:

—Sí, quiero. Quiero casarme contigo, discutir contigo, trabajar contigo y compartir contigo cada minuto, Rodrigo. Para lo bueno y para lo malo, en la oficina y en casa, todos los días de mi vida.

## OTRAS NOVELAS DE LOLA COOPER

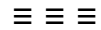
### Serie «Cuatro Estaciones»

- [Romance en Otoño \(#1\)](#)



### Serie «Amigas en Nueva York»

- [Solo tú me importas \(#1\)](#)
- [Solo tú me provocas \(#2\)](#)
- [Solo tú me besas \(#3\)](#) (



### Serie «Estrellas del basket»

- [Cómo tocar a una estrella \(#1\)](#)
- [Cómo disparar a tu corazón \(#2\)](#)
- [Cómo caer en tus redes \(#3\)](#)

Todas las novelas pueden leerse de manera independiente. A la venta en Amazon y gratis en Kindle Unlimited.

## Sobre Lola Cooper

Lola Cooper es del sur de España, pero vive en los alrededores de Ottawa (Canadá) donde se trasladó a vivir cuando encontró al hombre de su vida.

Le encanta dar grandes paseos junto al lago con su perro Titán y reírse con los personajes de sus novelas. Escribe al atardecer sobre una antigua mesa de madera mientras su gatita Fressia dormita sobre sus piernas.

Es adicta al café, al té, a las gafas de sol y a los post-it pegados por cualquier sitio para no olvidar las ideas que se le ocurren en cualquier momento.

Puedes encontrarla en **Facebook**: [Lola Cooper](#)

O contactarla por email: [lolacooperescribe@gmail.com](mailto:lolacooperescribe@gmail.com)